



así siempre  
siempre así

lucía gonzález dÍaz



# Así siempre, siempre así

**Lucía González Díaz**

© Lucía González Díaz

© De esta edición, Autoras en Red, 2008.

C/ Fedra, nº 3, 3º A

41009 - Sevilla (España)

Teléfono +34 954062988

[www.autorasenred.com](http://www.autorasenred.com) email:

[info@autorasenred.com](mailto:info@autorasenred.com)

©Fotografía:

Maquetación: Autoras en Red

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## ÍNDICE:

Los espacios del sentimiento.....	4
Así siempre o siempre así.....	44
Nada es lo que parece.....	50
Lección de amor.....	58
¡Que alguien nos presente!.....	77
70	

## LOS ESPACIOS DEL SENTIMIENTO.

Una vuelve siempre donde amó, o luchó por amar la vida. Porque espera “rejuvenecer” el futuro con el pasado. Pensamos en el futuro y lo sentimos como lo más nuevo, lo más joven y sin embargo, es lo más viejo: es nuestra vejez. Lo más joven, lo más nuevo, lo único posible, es este presente que tenemos en las manos aunque intoxicado del pasado que trata siempre de imponerse en nuestro corazón y en nuestra mente. Rumiamos continuamente el pasado. Le buscamos el hilo lógico, lo adornamos y componemos con él una melodía lo más armoniosa posible, abierta incluso al enriquecimiento continuo de las partes. Una melodía que según pasen los años la vayamos interpretando en su última versión. Y está bien. Apetece jugar con la vida. Al menos a mí. Es un intento de superar la necesidad absurda de aferrarse a algo y la inercia de la melancolía. A lo mejor así puedo encontrar un resquicio y toparme con la fresca eternidad del presente.

Heme aquí queriendo componer mi última versión en una mezcla extraña de lo viejo y lo nuevo. Es una mezcla que te hace sacar sentimientos de todo tipo, rompiendo las barreras del tiempo y del espacio. Y otras muchas barreras no tan fijas y seguras: sexo, ideologías, actitudes, status... Situaciones en las que la mayoría de las veces ha sido ese espacio/sentimiento que ha cristalizado dentro de cada persona y condicionado su forma de actuar. Sentimientos que nacen del roce de nuestras pulsiones vitales con todo lo exterior. Que son el producto más genuino de nuestra experiencia, donde el espacio es el marco, soporte y determinante del significado.

Es el sentimiento el que me deja a merced de la vida. Es el que me empuja a “senti-mentalizarme”, es decir mentalizarme sentimentalmente (como dice mi hermano Óscar), y a escribir... Escribir aquí y ahora esta nueva melodía de mi vida, de este tiempo.

“Hoy empiezo a reconstruir sobre lo pasado un inmenso jardín de árboles con hojas amarillentas...”  
(Oscar Glez. Díaz)

Allí empezó todo. Allí comenzó a sacudirme el sentimiento nostálgico, silencioso, dolido, hasta casi trágico y sin embargo, esperanzado. En aquella casa que aún sigue presa de mis sueños nocturnales, tantas veces pesadillas...

Me pregunto una y otra vez qué tenían entonces aquellas paredes, techos, rincones... de aquellas casas como para moldearnos tanto el alma en la infancia. ¿Por qué tenían tanto sabor aquellos espacios, aquellos objetos con los que una hablaba, acariciaba, besaba?... ¿Existía una complicidad entre los espacios y las personas que los habitaban? Se me antoja que sí. Todo era cómplice. Todo era redondo en la infancia. En mi infancia.

Hoy espacios tan vitales como los de las casas se han vuelto totalmente impersonales, anónimos. Las ciudades se llenan de edificios en serie llenos de idénticos archivos verticales. Se puede actualmente cambiar de vivienda sin temor a que las personas que vengan detrás descubran en esa casa huellas de nuestra particular historia. En las grandes ciudades todas las personas somos/nos comportamos iguales. Hemos sido configuradas según un mismo

esquema espacial, con todo lo que ello significa cara a una determinada forma de sentir, de ser, de hacer y expresarse.

¡Cuántas veces hubiera querido recuperar aquellos espacios de mi infancia y adolescencia y perderme de nuevo en ellos! Aun a costa del miedo que, no obstante, a menudo me inspiraron.

ooooo000ooooo

“En el pasillo, las ventanas y puertas sempiternamente abiertas, juegan” (“Bisutería”, Oscar Glez. Díaz), han jugado siempre con mi vida y con la de todo el mundo. Era el punto de encuentro, del fluir de corrientes de aire que me han dejado constipada para siempre. Creo que me quedé presa de aquel pasillo...

Lentamente mis ojos se cerraron o el pasillo desapareció de mi vida, pero cristalizó en mi alma. En alguna parte de mí se quedó para siempre. Tal vez no estaba preparada para la huida pero hui... Sin embargo, allí me vuelvo a ver de tanto en tanto. En aquel pasillo y en las habitaciones que desembocaban a él. Componiendo un flujo y reflujo de misterios, incógnitas, tabúes...

Las habitaciones eran como el mar de fondo donde se cocía Dios sabe qué. El pasillo la superficie que desembocaba al mar abierto y dialéctico del patio. Creo que se me ha quedado una forma de ser un poco “pasillo” por lo que significa de tránsito, pasaje, confluencia... Y no porque así lo quisiera. Es que el sentimiento poco consolidado, poco satisfecho, no encontraba la habitación que lo acogiera y alimentara.

Las habitaciones eran grotescas y frías, cajas de resonancia del miedo. Incluso cuando podía refugiarme en alguna presa de cierta ilusión pronto la descubría tremendamente definida y limitada, conocida y conocedora, entonces volvía a necesitar otra vez la “corriente de aire” del pasillo. Este suponía para mí todo lo que no me ofrecían las habitaciones. El canto, la risa, el juego... también la soledad, el llanto y la pena, eran menos duros en el pasillo. Se refrescaban pronto. Aunque siempre al final me quedara una sensación de ficticio.

El encuentro con la gente también. Definitivamente era más satisfactorio en el pasillo. Así me sentía menos acorralada, menos comprometida, más de paso, y a la larga las amistades eran más duraderas, aunque en un estilo de “quedar bien”. No era mucho pero más valía esto que nada.

Sin embargo el pasillo tampoco fue liberación. Siempre ocurre lo mismo cuando nos acostumbramos a algo. Sus muros se fueron endureciendo. Me di cuenta de que existían. Las habitaciones fueron clausurándose una tras otra. Hasta que el pasillo acabó por convertirse en una galería que no conducía a ningún sitio, donde me veía correr en un sentido o en otro, sin salida.

No sé si nace de aquí ese sentimiento de inacabado, de transición, de expectativa, de miedo e inseguridad...

Así comencé a descubrirme en la contradicción. Siempre ese sentir de “pasillo” como posibilidad de cambio, de novedad, de huida pero también como encerrona, frente a mi carácter fogoso y apasionado que necesitaba de la entrega total, del vivir a fondo las situaciones (la habitación). En el amor siempre soñaba con ese rincón de felicidad al lado del ser amado donde contemplar la

belleza de la pasión amorosa desplegada hasta en los lugares más recónditos del sentimiento y perderme en olas de infinita ternura. Este cuerpo mío, preso de tantos miedos y complejos ¿amado?... Era increíble.

Existía otro espacio doméstico que desplegaba un especial atractivo para mí: el cuarto de baño. Era un lugar donde no podía permanecer mucho tiempo porque los escrúpulos de mis progenitores no habrían tardado en hacerse notar preguntándome qué hacía tanto tiempo ahí dentro, o simplemente porque me requirieran la necesidad de entrar. Sin embargo, toda esta persecución y mi fantasía me brindaban la posibilidad de un momento íntimo, morboso, denso e inagotable. En el cuarto de baño era yo la dominada. El poco tiempo, el desconocimiento de mi cuerpo y de tantas cosas... la sensación de lo prohibido... me impedían llegar a dominar la situación. Sin embargo había una complicidad, un código secreto, entre esas cuatro paredes y mi desnudez total. Era como un rito de iniciación a mí misma. Aunque luego eso mismo descargara sobre mí la angustia de un miedo insufrible: la persecución amenazante...

Por último, encima de la casa, de cada casa al final de la espiral, la apertura al cosmos, la azotea: mirador de estrellas. Espacio místico del encanto y desencanto. De la aventura onírica más rabiosa y del desconsuelo más grande, o del miedo más atroz. Monstruo de muchas caras. Espacio del bien y del mal. Allí tan pronto me nombraba jefa de todo bajo el lujurioso sol del mediodía, como era testigo de innumerables conspiraciones estelares que usurpaban mi puesto en la noche. La azotea significó mucho en mi vida. Era un espacio de prueba, de reto. Casi terapéutico... Era relativamente comparable a cualquier espacio abierto y yo me había acostumbrado más a los espacios

cerrados. “¡ERES UNA NIÑA!” era la frase lapidaria que justificaba de sobra mi reclusión en el espacio doméstico.

Desde muy pronto aprendí pues a vivir en la clandestinidad, en los lugares ocultos. Siempre alerta. Al margen de lo oficial. ¡Que satisfacción saber burlar la guardia y el orden!...

ooooo000ooooo

Siempre fuiste un sueño: erupción incontenible del subconsciente. Y en el de esta noche no estabas tú sola. Como suele ocurrir en los sueños, se mezclaron rincones, lugares, objetos, personas... de distintas etapas de mi vida, supongo que las más importantes.

Quisiste hacerme un regalo síntesis de nuestro amor en dos poemas: dos caras de la misma moneda. Uno hablaba del mar haciéndomelo sentir inmenso y yo en él plenamente libre, con la espuma acariciando mi cuerpo. Era el sello del encuentro. El otro, el del adiós. Letanía de palabras distanciantes, sin embargo, frescas, dichas de alma a alma: des-liar, des-hacer, des-unir... Lo que nunca supe fue cual era la cara 1 y cual la 2 de la moneda. No me lo explicaste. Desapareciste antes de que pudiera reaccionar y correr tras de ti. De cualquier manera no hubieras sabido responder y habría sido falso buscar explicaciones.

Así, perdida entre viejos rincones de mi infancia y adolescencia con tu aparición de por medio, quería recomponer el rompecabezas que me dejaste en el alma leyendo tus poemas una y otra vez.

Un día como otro cualquiera, me dije, pero marcado por la desazón de un sueño. Principio y adiós, ¿o viceversa?...

Recuerdo los días en que casi inconscientemente, jugando, abrí la puerta de mi espacio interior y me invadió el frescor, la sacudida de mi eternidad actual: la mujer dentro y fuera de mí, envolviéndolo todo...

ooooo000ooooo

Algo nos hizo coincidir. Yo vivía a golpe de impulso una recién estrenada libertad: había dejado de vivir con mi familia. Todo se me volvía fresco, nuevo, sorpresa... Tú eras alegre, vivaz, equilibrada y preparada para afrontar la vida. Tu mirada casi siempre me turbaba, te admiraba, me atraías... Veía en ti algo que era yo misma, o que podría ser yo misma: una imagen que quería recomponer. Pero no era del todo consciente. Mi rebeldía sin causa no me dejaba serlo. No sabía aun llamar a las cosas por su nombre.

No sé cómo accediste a que viviéramos juntas, Me costaba creérmelo acostumbrada como estaba a la dureza de las negativas. Sin embargo, tú me veías con buenos ojos y yo no tardé en idealizarte. Fuiste tan comprensiva, tan generosa. Durante muchos años llenaste mi vida. Aunque yo hasta muy tarde no fui plenamente consciente de todo lo que me dabas. Necesitaba vivir, conocer, conocerme... fuera del omnipresente espacio familiar. Y sobre todo me sentía segura a tu lado. Hoy pienso que inconscientemente abusé de ti... Fuiste todo lo que necesitaba en cada momento: amiga, madre, hermana, amante... Tengo mucho que agradecerte. Eras como un papel secante que absorbía todas mis "impurezas" dándome la posibilidad de salir a la vida,

dejando un poco de lado los complejos, los miedos, la inseguridad. Y pude vivir. Fue una buena base para mí este nuevo espacio a tu lado. Me ensanchó el sentimiento. Pude empezar a conocerme de alguna manera.

Cuando volvía de tarde en tarde a ver a mi familia, sobre todo en Navidad, yo me notaba distinta y distante. El espacio doméstico me parecía asfixiante. Empezaba a comprender que si hubiera seguido viviendo allí éste se me habría convertido en un potente antibiótico contra todo lo externo y no me hubiera podido contagiar, como ahora, de muchas cosas. ¿Cómo era posible que el cambio de espacio estuviera revolucionando tanto mi vida?...

Pronto, sin embargo, esa atracción hacia lo nuevo, ese enorme deseo de viajar, ese afán de aventuras, empezó a marchitarse... Empezó también a hacerme viejo y conocido. Posiblemente en el pasado la simbiosis de las personas con sus espacios fuese casi tan perfecta que quizás esa identificación se mantuviese a lo largo de la vida. Pero hoy no es así. Los medios de comunicación social y de transporte te ponen el mundo al alcance de la mano pero paradójicamente te despojan también de él. De repente, dejas de ser el centro del universo y la relación con él se problematiza. Eres sólo un dato más.

No recuerdo en qué momento exacto se partió el “cordón umbilical”... El caso es que empezaba a sentirme suspendida en el aire, sin ninguna base segura, con el trauma de la separación a cuestas. Me di cuenta que era el precio de la lucidez. Y no sé por qué pero no dudé en creer que merecía la pena. Y acepté mi orfandad cósmica.

En el pasillo de la vida volvía a encontrarme nuevamente con el devenir de las cosas deseando, sin embargo, sentirme profundamente herida por algo para superar la monotonía y la anodinez pasillera...

Tu imagen volvió a cruzarse conmigo. Tú eras cada una de aquellas pocas amigas que poblaron mi soledad de entonces. Recuerdo aquel día en un coche. No sé adónde íbamos, ni quien nos llevaba.

Para mí sólo existíamos tú y yo. Fue entonces cuando tú también me comunicaste que habías decidido abandonar la utopía. La noticia me alegró especialmente. Era una puerta abierta hacia una amistad distinta, sin fórmulas externas, a un mismo nivel. Desde entonces soñé dormida y despierta contigo, siguiéndote y persiguiéndote celosamente. Tal vez buscaba un nuevo asidero sobre este espacio que también empezaba a tambalearse.

ooooo000ooooo

¿Por qué viniste a la cena?... Nadie iba a esperarlo después de tantos años, tres o cuatro, no sé... He perdido la cuenta. Perdí la noción del tiempo con respecto a ti: se me antoja detenido. No me extrañaría nada que me llamasen el fin de semana próximo para quedar e ir al cine. Sí, creo que desde siempre me quedé esperando... ¿Y por qué te fuiste tan deprisa? Nunca te pude alcanzar. Te perdiste por una puerta que se cerró tras de ti.

Sabías que yo te miraba desde el pasillo, dolida. Sabíamos que éramos distintas aunque tuviéramos una visión similar de la vida. Sabías que yo quería luchar aunque mi situación no me condujese

a nada. Por lo menos estar segura de que no adorna la nada, reconocerla y estar dispuesta a que cualquier sentimiento nuevo te transforme. Yo sabía que a ti tu habitación te iba engullendo. Y tú, consciente de todo esto, aquella tarde en tu casa en medio de un ambiente de música suave, tiradas por el suelo sobre la alfombra roja de tu habitación, me dijiste la frase decisiva, lapidaria (¿o no debí interpretarla así?): “Tienes razón, sí, pero yo no soporto las tensiones. Quiero estar a bien con mi familia...” No sé si debí haber luchado, pero cuando me despedí de ti sabía definitivamente que esa puerta que me cerrabas no se volvería a abrir. ¡Qué pena!... Habías planeado tu vida fríamente en contra de lo que yo leía en tus ojos y te dispusiste a cumplirlo por encima de todo.

ooooo000ooooo

Me gustaba jugar a prender fuego con alcohol y quemé la alfombra. Salí a la calle corriendo con ella en las manos no sé seguro si para apagar el fuego o para que todo el mundo la vieran ardiendo...

Luego llegó la represalia. Al final del pasillo estaba mi padre: monolito sobre pedestal, siempre al acecho pero visible desde todas partes. Supongo que me obligaron a verte así. Imagen de la disciplina, de la corrección, de lo perfecto... “Las cosas se hacen bien o no se hacen”, decías. O aquella otra de “cuando me río es peor” y entonces se ponía a cien tu instinto de supervivencia porque sabías que acto seguido su furia inundaría toda la casa. La imagen del temor, del castigo, de la represalia, de la definición de lugares y personas, de la ley, del poder... Este era mi padre.

Sólo una vez mi padre hizo temblar ante mí su monolítica imagen voluntariamente. Sucedió pocos días antes de su muerte. Yo tenía 17 años. Quiso comunicarse conmigo de igual a igual, granjearse mi confianza. Que yo me abriera a él... Me sorprendió tanto que no supe cómo reaccionar. Tenía mis grandes recelos. Me imaginaba que sería una estrategia suya para acorralarme, para que cediera en mi forma de comportarme, o en mis intentos de fuga... ¿Cómo debía tomarme todo esto? De cualquier manera no estaba acostumbrada a este tipo de relación con él y me sentía incapaz de superar mi bloqueo.

Su muerte me resultó insoportable. Mi familia me obligó a verle y besarle. ¡Qué impresión tan terrible! Jamás pensé que mi padre pudiera morir, que el monolito pudiera derrumbarse... era una sensación de terremoto en el espacio familiar que estremecía fuertemente mi universo. ¿Dónde quedaba ahora el norte y el sur? ¿Quién llenaría ese vacío de poder? ¿Y sus definiciones de la vida? ¿Y la fibra humana que había empezado a mostrarme? ¿Quién tenía la culpa de todo aquello?...

El espacio me acorraló una vez más. La culpa no sé si se repartió generosamente entre todos/as pero sí sé que se apoderó de mí casi por completo durante muchos años. Con el tiempo se convirtió en una marea que subía y bajaba en relación directa con los momentos de inseguridad, de fracaso, de frustración. Suerte que el tiempo pasa como el viento, limpiando y dulcificando todos los sentimientos, incluso borrándolos, o dejándonos lo esencial de la experiencia.

Por eso aquella noche, cuando dejé tu casa, no sé si lloré o quemé la alfombra o me destrozó el miedo... Una cosa tenía clara: sólo tenía derecho al silencio. Y no quise saber más quien eras tú,

diosa de los colores, dulce canción dormida para siempre. He preferido recordarte así, como una fantasía de mi amor.

ooooo000ooooo

Resentimiento, resentimiento continuo... Hijo de la impotencia, de la frustración y de la rebeldía. Lo vi nacer cuando tenía 7 años. Supongo que una de las principales causas fue la carencia afectiva, debido al obligado “exilio” a que nos sometieron mis progenitores a mis hermanos/a y a mí, trayéndonos de nuestro lugar de origen y dejándonos a miles de Kms. de distancia, con nuestra familia materna durante cinco años. Resentimiento que se fijó en mi ánimo y que me llevó a borrar de mi mente casi todos los recuerdos de mi vida anterior junto a mi madre y mi padre. Con mi familia materna la competencia con mis hermanos/a se hizo dolorosa y dura, con vistas a acaparar la atención de los mayores sobre nosotros /as.

De repente, fue como un despertar a la razón de la necesidad imperiosa. Con el objetivo primordial de cubrir mis necesidades afectivas pensaba, escudriñaba, planeaba mis estrategias... Era demasiado esfuerzo para conseguir un beso, una caricia. Y en el corazón siempre la sensación de que el amor no es gratuito, que tienes que ganártelo. Merecerlo. Siempre me digo que comencé a ser adulta a los 7 años. Mucho de mi ser adulto actual es como el revelado en ampliación de la “foto” tomada en este momento afectivo tan importante de mi vida.

La culpa y el resentimiento debieron preparar el terreno en mí para que volviera ahora a intentar fijarme en el hombre.

Salíamos a menudo las dos parejas juntas. Empezábamos a construir nuestro futuro en la línea de lo normal, de lo “correcto”. Hasta llegué, a fuerza de creérmelo -no iba a ser menos que tú-, a pseudo enamorarme de aquel hombre. Y le quise. Y aun hoy le quiero mucho. Es uno de mis mejores amigos. Nuestra relación fue muy peculiar. Creo que ni a él ni a mí nos convencía, aunque vivimos momentos muy bonitos.

Muy pronto me di cuenta de que en él había algún tipo de “problema” que no se atrevía a confesar. Hasta que un día, comiendo en un restaurante, tomé la decisión de poner el tema de la homosexualidad sobre el tapete. Tengo que reconocer que me costó abordar esta situación porque yo también me había hechos mis planes, me había acomodado a la idea incluso de casarme. Estaba dispuesta, por llamarlo de algún modo, a “pasar por el aro”. Y ahora me veía obligada, no sólo a prescindir de todo esto, sino también a ayudarlo a él a encontrarse consigo mismo.

Este fue un momento crucial para mí. Su situación era similar a la mía, pero con la diferencia de que para él era un problema “patológico”, mientras que para mí sólo era un problema social. Al encontrarme cara a cara con este espejo, no sólo me exigió que le ayudase a salir de su concepto y visión patológica sino que, como contrapartida, a mí también me ayudó a aceptar socialmente mi ser mujer-lesbiana y a tomar una postura positiva al respecto, le duela a quien le duela. Es decir, volviendo atrás, era como empezar a hacerle frente a la realidad del cuarto de baño. ¿Cómo? Teniendo clara conciencia de mí misma, sin complejos, ni culpas, descubriéndome, amándome, olvidándome de todas las ideas y opiniones ajenas (y no tan ajenas). Necesitaba de una vez por todas ser yo misma y dejar que mis impulsos

vitales nacieran y crecieran libremente cuanto pudieran y quisieran.

De todas formas, el choque con la realidad ahí afuera era demasiado fuerte y recuerdo que entonces solo me atrevía a autocalificarme (en el odioso imperio de las etiquetas) de bisexual. Tal vez no tuviera superado del todo el miedo a la verdad (mi verdad). O quizá tenía demasiado reciente mi pseudo enamoramiento. O tal vez me influyese –como siempre- la falta de un mínimo “quorum” a mí alrededor... ¡Quién sabe! Pero muy pronto me di permiso de empezar a presentarme como realmente lo sentía. Recuerdo que entonces una amiga me decía que, como se estaba empezando a poner de moda, se me había metido en la cabeza la idea de que era lesbiana...

ooooo000ooooo

Tardó en llegar la mañana, pero amanecí desnuda con la feliz tragedia reconocida de mi verdad a cuestas. Quería revelar el deseo inconfesable, la entonces obsesión principal: el sexo. Había tocado fondo en el centro de un laberinto lleno de espejos que me devolvían continuamente mi imagen desnuda por todos lados.

Había llegado el momento de dejar de dar vueltas perdiéndome fuera de mí para no enfrentarme a mí misma. Conocía la salida del laberinto... Pero es difícil salir al exterior desnuda. Como siempre el espacio delimitado y delimitante de todo: ¿dónde se puede ser qué?...

Tardó en llegar la mañana. Pero ahora te busco en el día y en la noche. Sensaciones de mi cuerpo. En el espacio libre y abierto del sentimiento recuperado y defendido. Me gusta, me satisface la

desnudez de mi cuerpo. ¡Cuánto quisiera grabarla en tus ojos! Que tus manos, tu boca, toda tú entera, te pasees por mi cuerpo sin problemas.

Tardó en llegar la mañana. Pero ahora quiero planear en el terreno la batalla que pienso librar despiadadamente hasta recuperar contigo nuestro cuerpo, robado colonizado desde siglos, MUJER...

Creo que siempre me he perdido en pequeñas/ grandes cosas. Un sueño, una ilusión, un deseo... Siento que mi nombre es otro. Y por eso trato de recomponer el puzle de sus letras.

En ti hay algo mío y en todas las que he amado. En cada cuerpo con el que me he fundido he visto algo de mi rostro, mi fisonomía, mi sentir. He aprendido tanto de ti y de mí. Siempre me has dado algo que no soy yo, pero sí. Tu órbita es tan distinta a lo que nos rodea... Tú eres en todas partes la posibilidad de perderme en tu mirada, en tus manos, en tu cuerpo, en tu palabra, que me ayudan a encontrarme, siempre me sorprendes y me ofreces algo nuevo. Amo todas tus formas. Desde que me/te he descubierto sólo vivo para amarme/te, defenderme/ te y darme/ te todo lo que es nuestro, MUJER. Nuestra LIBERTAD.

Los que manipulan el espacio han caído en su propia trampa porque el goce y descubrimiento de todos los espacios interiores y exteriores nos ha ayudado a ser distintas y a encontrarnos. No importa que ellos caigan en la cuenta o no de esta realidad. Nosotras nos amamos y esto nos basta.

ooooo000ooooo

Estalló la vida en mí por los cuatro costados. Me invadió la pasión por esa realidad nueva, diferente...

Un día y una noche fueron suficientes para aclarar el sueño.

Romper la ecología encasillada, el ecosistema de la farsa. No me creo nada. Quiero recuperar el espacio infinito. Quiero recuperar el cuerpo. Rechazo la confusión presente: delimito. Buceo y buceo. Corto las cuerdas de la red escondida. Libero el sueño.

N a c e   u n a   f l o r   s i l v e s t r e   e n   e l   a s f a l t o

Silencio cuanto puedo. Lo que sé. Lo que no sé. Lo que quiero. Lo que espero...

Comprende que no sé qué decirte cuando te encuentro entre riadas de gente, entre pitadas y demás “yerbas urbanas” anodinas sin fin. Ven conmigo. Busco tu ternura. Déjame pasear/ abrazar tu cuerpo. ¡Necesito respirar!

Me llegan noticias de todas partes. Y yo sólo pretendo que pasen, que me olviden, que CALLEN, que me dejen amar... a mi aire.

No me pidas que me distraiga en problemas ajenos. Soy egoísta. “Voy de mi corazón a mis asuntos” (Miguel Hdez.) Pero mi cabeza está limpia de malos pensamientos. No hay nada que me quite el sueño. Sólo el miedo. Que es lo más ajeno a mí y por eso lo más cercano.

Me duele en el alma tu muerte a plazos cuando te descubro por la calle con esa cara triste, tirando de la vida. Tu mirada se cruza

con la mía y me ahogo en un mar de impotencia. ¡Tienes que amarte! ¡Tenemos que amarnos como somos!

Ahora me tiro en el suelo. Estoy cansada. Me rindo. Quisiera olvidarme de historias, de luchas, de compromisos... Pensar que nada existe, ni existió, ni existirá. Olvidarme de tu mirada en la calle... (O de que anoche soñé contigo) ¡Necesito respirar y liberar el sueño! Aunque sé que mañana, cuando vuelva a pisar la calle, iré convencida de que tengo que seguir...

Acaso el resentimiento me ha llevado mucho más lejos... Me ha radicalizado en muchos aspectos.

De repente, un día me sorprendió algo así como un sentimiento maduro y el resentimiento se verbalizó con nombre y apellidos, en una clara lucha contra casi todo. Contra ese espacio mezquino y cuadrilátero, agobiante, donde se origina todo, al que me había acostumbrado y en el que aprendí a creer. Y la lucha fue sistemáticamente destructora, rabiosa, por ofrecer a mi mente y a mi cuerpo la posibilidad de un espacio abierto.

¡No! Ya no podía callarme porque me moría antes de tiempo. Antes, incluso, de que pudiera decidir quitarme la vida. No podía callar porque me ahogaba. Porque iba contra mí y contra esa “mayoría marginada” (aunque ahora prefiero el margen). Mayoría que, como yo, sobrevive resentida y a punto de ser radical. En cuanto el “bolo alimenticio” termine de ser digerido a la fuerza y pase a ‘abofetear’ a las neuronas, iluminándolas.

Había decidido no callarme. Tal vez no moviese un dedo en contra de las cosas como están. Aunque a una a veces le maravilla el alcance que puede tener una forma de ser y de actuar. Lo que

sí era claro y definitivo es que no quería mover un dedo a favor. Y digo “quería” porque siempre pueden surgir –y de hecho surgen- personalidades físicas y jurídicas que te sugieran “comulgar” con ruedas de molino “voluntariamente”. Entonces, si la propia vida está en juego, o algo de un valor subjetivo importante, es posible que pase por el “aro”, procurando actuar lo más estratégica y diplomáticamente posible, procurando interpretar un buen papel, sin olvidarme de lo esencial: soy mujer, con todos los demás componentes de mi origen, léase trabajadora y latinoamericana/ canaria.

Olvidar o renegar de todo esto me requeriría ser otra persona, nacer de nuevo. Después de andar buscando caminos y metas maravillosas en la vida he descubierto, sobre todo visceralmente, que mi mejor meta es mi origen.

ooooo000ooooo

En el punto de partida estábamos las dos solas, dolidas, pero deseosas de zambullirnos en esta aventura aunque fuese “el mismo mar de todos los veranos”. (E. Tusquets)

Te conocía desde hacía mucho tiempo, 4-5 años, pero creo que nunca hablé contigo sólo recuerdo saludarte alguna que otra vez por la calle, siempre con muchas prisas. Lo habitual cuando, como en este caso, no se tiene mucho trato con una persona que tampoco te llama mucho la atención. Tal vez pudiera haber coincidido contigo anodinamente en casa de cualquiera de las amistades comunes. Francamente no lo recuerdo, me arriesgo a decirlo porque fácilmente pudo suceder así.

Sin embargo, empezar a conocerte a raíz del grupo de música, sobre todo, a partir de las actuaciones por Levante, fueron para mí una deliciosa fantasía inolvidable. “Siempre a punto de que ocurriera algo maravilloso”, como tú decías. ¿Cómo pudiste pasarme tan desapercibida antes?... ¿Cómo puedo esforzarme en narrar todo aquello sin deslucir uno de los momentos más bonitos y más queridos que guardo en mi corazón? Una vez traté de componer para ti un cuadernillo con toda esta suerte de preciadas “miniaturas” ¿recuerdas? No creo haberlo conseguido tal cual lo vivía. Las palabras son tan limitadas... Por eso prefiero mantener cerrada y custodiada en mi corazón aquella cajita de miniaturas. Y seguir a la deriva en la barca-sueño-mayo, aunque cuando sienta ganas de desplegar mis preciosas miniaturas me quede muda, o sólo me salga ese simple y viejo (entrañablemente viejo) “te quiero”, por toda explicación.

Si pudiera decirte lo que siento... es un deseo profundo de perderme y embriagarme con la sutil poesía de ese silencio mágico de tus ojos, de tu inmóvil transparencia lírica. Y dejarme llevar... Que me envuelvan las sensaciones, las imágenes, los recuerdos de otro tiempo, tan vivos, tan frescos, como para darme cuenta que sigo anclada en mayo. Y sentir el suave roce que me eriza la piel...

Todo está tan lleno de ti que cualquier palabra, cualquier rincón, cualquier música, despierta la sensación de tu presencia, tu cercanía, el roce, todo el conjunto de la experiencia promovida por ti, por nosotras. Todo está tan lleno de ti que necesito hablar de ti a alguien, continuamente, decir quién eres tú, hacerte sitio en todas partes, hablar de las cosas que nos gustan... Pero en este tiempo de silencio y soledad sólo tengo el papel a mi alcance... y

tu foto sobre mi mesa. Casi con esto trato de conformarme. Si pudiera decirte cómo te echo de menos...

## D é j a m e a m a r t e

Supongo que esto es lo más bonito de la vida. Y así lo siento. Y soy feliz. Me estremezco cuando pienso en algunos de los momentos vividos días atrás. Me invade una ternura escalofriante, una ternura casi insoportable... Y sientes que todo está a punto de estallar, que sigue estallando como en aquella primavera-mayo.

¡Qué abrazo tan grande te voy a dar cuando te vea! No podrás hacer nada para evitar la lluvia torrencial de este amor sobre ti, amada mía. Y cuando acabe la tormenta, tú y yo fundidas.

Nuestra casa será el prelude de la primavera. Mis sentidos aletargados se despertarán muy temprano para pasearse, entre nubes de abundancia, por los maravillosos parajes de tu cuerpo. Y no conoceré el atardecer más que para esperar, encerrada en ti, la luz de tus ojos con el nuevo día.

Aquí, en este espacio tan ligado al sueño/ mayo, todavía me parece estar viviendo aquella noche... Recuerdo que te esperaba con un corazón inquieto, que ansiaba y temía el encuentro. La duda de si finalmente vendrías me corroía con el paso de las horas. Hasta que al final apareciste por esta puerta que nos recogía definitivamente a las dos en este espacio necesitado de nuestro encuentro por la ansiosa espera que le había contagiado preparándolo todo. No sé si era el marco perfecto pero yo había despertado en todas las cosas mi amor por ti: todo te amaba.

Desde la noche anterior en que nos habíamos confesado a medias nuestro amor, el día no nos había brindado la oportunidad de volver a hablarnos, de expresar todo lo que había quedado interrumpido entre las dos. Sólo entrecortadas y disimuladas miradas fueron el pequeño y angustioso hilo de comunicación. Medio vergüenza, medio sacudida, cada vez que tus ojos se encontraban con los míos y silencio... pesado silencio.

¡Cuánto deseaba aquella noche! Nos envolvía un clima tan denso, tan real, que sobran las palabras para mediar el encuentro. ¡Y cuánto me hubiese gustado detener el tiempo perdida en los ríos de tu cuerpo! Recuerdo tan vivamente el primer beso... Recuerdo tantas cosas...

ooooo000ooooo

Si un electroencefalograma hubiese podido registrar, además de mis pequeñas alteraciones epilépticas, todo lo que convulsivamente se ha agolpado en mi mente en estas últimas horas, me habría ahorrado un buen trabajo de escribir. Todo se encontraba ahí resumido: el amor/ odio, la vida/ muerte... Desenterrando todo lo más ancestral en un duelo mortífero con el presente. Y el espacio siguiendo el ritmo de lo que me asfixia...

Hui de tu lado porque quería obligarme a escribir, aunque sentía la pereza de no saber por dónde empezar y cómo hacer para que no se me escape nada de la mente... Tenía que obligarme a escribir. No podía renunciar a esta especie de ética combativa en algo que, escrito sobre el papel, podía no sólo autoafirmarme, sino también ser algo esclarecedor en algún sentido cuando, en situaciones como éstas, te quedas con tu opinión aislada, como un bicho raro, muy desfasado.

Tal vez habría podido escribir yo misma ese electroencefalograma de mis pulsiones vitales razonadas, de no ser porque me llamaste. Y no sé si fue la pereza a deshilar todas aquellas sensaciones que me ocupaban el pensamiento, o si es que soy buena, o gentil, o simplemente me interesabas tú, el caso es que me fui de nuevo a tu lado. Pero me acompañaba esa desgana y ese sabor pastoso en la boca de las digestiones pesadas...

Una vez allí, transcurrieron unos minutos haciéndonos notar la una a la otra que no dormíamos con ruidos de movimientos, respiraciones entrecortadas, tosecitas, etc. Hasta que al poco decidí, por un impulso que se situaba por debajo de mi cabeza, dejar un poco de lado mi orgullo y acercarme a ti. Y hacerte sentir que tú eras más importante que todas aquellas historias de aquella consabida huelga. Descubrí que llorabas... Me dio un vuelco el corazón. Me quedé muy quieta acariciándote. Finalmente te volviste hacia mí. Me preguntabas con voz medio llorosa y de una forma que situaba todo lo anterior en otra galaxia: “¿No te habías dado cuenta que me lo estaba pasando muy mal?”. No pude contener el llanto. Me abracé a ti. Lágrimas y besos se mezclaron en el abrazo. No puedo explicar la ternura que me invadió al sentir tus manos, tu cara... después de tantos días distantes la una de la otra. ¡Cómo me hubiera gustado quedarme abrazada a ti!...

Este momento me trajo a la mente otros, y otros... Y los recuerdos se fueron convirtiendo en una poesía estremecedora. “En el amor lo que importa es amar”, esa frase tan redicha a veces, tiene momentos en que resuena en el centro de ti como lo único que queda, la única herencia del alma.

ooooo000ooooo

Sin embargo, aquí y ahora, el espacio se agranda bajo mis pies... Y yo paseo torpemente mis acrobacias para no enfrentar decisivamente la realidad por temor a precipitarme en el vacío, en el que posiblemente ya estoy.

Con los ojos todavía vendados, con la película del recuerdo en la mente, me vence el sueño al fin. Mientras, mi mano continúa agarrando fuertemente aquel espléndido ramo de flores silvestres que me regalaste un bello mayo. Mi único tesoro de estos años, y que tampoco me atrevo a mirar por temor a descubrir que pueda estar marchito...

Hoy, después de más de 2 años –quisiera relatarte el proceso-, no puedo imaginarme este sentimiento convertido en círculo. La experiencia contigo me has puesto en una órbita en espiral al infinito. No porque yo me empeñe en verlo así sino porque el amor nos ha llevado a superar tantos límites y los que supongo que todavía faltan, ya irán llegando. Y en el roce de las pulsiones vitales con lo que nos rodea el sentimiento crece también y se expande sin límites. Tiempo de todo espacio. Espacio de todo tiempo. Si sabemos descubrirlo. Y al centro, el sentimiento.

Ahora, aquí, mis días, mis espacios, tienen ese ritmo que inspira al sentimiento, ese compás de espera: tú. Confío en nuestro amor, en nuestra complicidad, haz lo que hazas, estés donde estés. Me gusta descubrir tu estrella azul: Venus, brillando en mi firmamento desde que comienza el atardecer hasta que el sol aparece de nuevo. Gozo silenciosamente de esa dulce sombra/luz.

Me veo en las puertas de una nueva etapa. De cualquier manera, quiero sentirme viva, centrada en mí misma, en mi propia experiencia, viviendo al máximo cada instante. Me asusta vivir sola y en esta situación de tanta inseguridad económica, sin ningún respaldo. Pero quiero luchar...

En este espacio nuevo que me alberga, tan tuberculosamente oscuro y pequeño, trataré de tener un diálogo fluido conmigo misma: sin huirme ¿Resistiré?...

Temía y ansiaba el regreso. Temía tantas cosas... Es tan duro sentirse sola en este superpoblado Madrid. Pensar que tienes que continuar de alguna manera adelante, hacia no sé dónde. Es tan duro tratar de acostumbrarme a vivir sin el brillo de tus ojos, sin el maravilloso y delicado paisaje de tus formas. Sin descubrir, desde la finitud de mi cuerpo, tu silencioso y pensativo perfil devolviéndome a la vida cada mañana.

Ansiaba el regreso para verte. Pero temía que se disipara la nube de pensamientos que me envolvió durante mi lejanía de ti y que me ayudó a clarificar el sentimiento. Temía permanecer por más tiempo en ese espacio familiar que me cierra el círculo, me acerca más rápidamente al fin. Pero también temía la avalancha de lo urgente e inmediato en la “gran ciudad”. Temía que muy pronto volviera a ser “vieja” y “pesada” para ti, por el hecho de ser tan conocida, tan buscada por tus necesidades.

Estos últimos días me descubría como esa pesada carga, de la persona que necesitas como bastón de apoyo pero que te cansa, que no te dice nada... Ni contigo, ni sin ti. Surgiendo de nuevo los momentos hirientes. Momentos de morderse la lengua para no decirte que no me utilices como un peón más en tu tablero de

juego, que te quedes con tus problemas, con tu familia, con tus inhibiciones... que me olvides. Me lo pasaré muy mal pero será un obrar en consecuencia. Y si quieres volver a verme alguna vez te pido que sea capaz de estar conmigo como con una persona a la que dices que quieres.

Pero tengo que romper el cuadro de la vida cotidiana, su armonía costumbrista. Comenzar un juego distinto, desconocido totalmente para mí. Donde todo me resulte nuevo y no me espera las típicas jugadas. Que me desconcierte, me sorprenda, me despiste, me derrote... y me destruya, en mis defensas y resistencias, si cuadra.

ooooo000ooooo

Esta mañana el laberinto de aquella casa de la infancia se me ha hecho presente con más fuerza. Pasillo y habitaciones que se abren en espiral sobre el patio/ caldero en ebullición de gentes que van y vienen. Recuerdo que esta ebullición me hacía sentir confusa, descentrada y ansiosa.

Parecía que todos/ as y nadie encontrara allí su sitio, aunque de seguro sí su punto de referencia. Así hemos ido creciendo y alargando nuestros tentáculos en derredor con distintos radios de acción, pero siempre fijos/ as al centro, sin cortar el cordón umbilical que nos unía a la madre/ raíz, donde el discurso vital cobraba todo su sentido aun en el más aplastante silencio de lo ya dicho y redicho. Aquellas horas del café de media tarde, con su penetrante aroma, con la casi insoportable algarabía y confusión de la infancia, la gente mayor... era el momento del repaso diario, de sacudirse de todo. De repartir bofetadas o echar sapos por la boca, o de estallar en carcajadas, gritos o risas histéricas, de

hablar hasta por los codos casi sin escucharse y pisándose continuamente en la palabra. Después de este vómito curado con café, cada cual volvía en silencio a su rincón y yo me quedaba quieta, absorta, contemplando la mudez del patio.

De todos aquellos, algunos, por ley de la vida los más viejos (salvo alguna excepción) ya han vuelto para siempre a la madre/raíz. Mi abuelo –Moby Dick o la Ballena Alegre- con sus historias, su mundo tan fascinante, siempre empapado de mar y de ron, fue el primero en mi vida al que vi “perderse” en aquella terrible tempestad, mar adentro, luchando encarnizadamente por vivir. Me costó mucho entender cómo se pudo tragar el mar a Moby Dick, o lo que es lo mismo a mi abuelo, pero con el paso del tiempo el rumor del mar se fue haciendo canción de cuna y me descubrió cómo la Ballena Alegre dormía en el fondo de la gran mecedora azul, envuelta en miles de sueños-espuma-sal, que por las tardes depositaba como un beso en las arenas de la playa, y yo podría volver a escuchar cada día las historias que mi abuelo me contaba. De los momentos del patio, los que más amaba eran los que protagonizaba mi abuelo con nosotras/os, pero su partida me cambió el patio por el mar abierto e ilimitado, donde extrañada comenzaba a sentirme sola delante de su inmensidad azul.

Detrás de mi abuelo se fueron muchos más. El espacio-sentimiento en aquella casa se limitó enormemente. Durante una época las ropas negras fueron el hábito de muchos años. Hasta la muerte se hacía rutina y los nacimientos también.

En el fondo quedaba en pie el laberinto, inexplicable. Y también aquella persistente imagen mía de espectadora absorta y dolida contemplando la cada vez mayor mudez del patio.

ooooo000ooooo

Te dejé que me acariciaras y me envolvió tu piel con tanta ternura que hasta las frías paredes de la habitación se estremecieron con tu aliento. Por un momento creí que este era mi sitio. Pero de repente el reloj. Era tarde para no sé qué. ¡Tú querías irte! Descubrí entonces otra vez el laberinto rodeándome.

No era cierto que tuviera un sitio fijo. Nunca lo tuve y tú tampoco me dejabas acostumbrarme fácilmente. Ahora, como en mi infancia, verme en el laberinto del sentimiento me despertó los celos y empecé a capitalizar el amor. No podía soportar más aquella imagen de silencio y quise rebelarme contra ella. Pero opté por la homeopatía del alma.

Luminosa y fría mañana de otoño. Me gustaría anidar en un montón de chatarra. Me enamoré de una rosa metal. Mi corazón quiere anidar entre las formas retorcidas del metal desechado, por conocer y amar su lógica distinta. Su dureza y frialdad, lo retorcido y punzante de los hierros, sus oxidados bordes, sus aristas cortantes. Todo es un canto viejo/nuevo, aunque chirriante. Me enamoré de una rosa metal/ frío y quiero seguir contemplándola hasta el vértigo de la frialdad y dureza.

Hoy busco el corazón frío e indiferente del metal. He perdido mi puesto entre las flores y la hierba fresca, donde parecía latir la vida. El mar me abandonó a mi suerte tierra adentro y las montañas altivas, inalcanzables, me han cerrado el paso.

Quiero vegetar entre puro escombros de chatarra cerca de la rosa metal, sin ningún fin trascendente más que esperar la total metamorfosis, saboreando poco a poco hasta la última gota de

este hielo cortante, en todas y cada una de las mañanas luminosas y frías que me queden a su lado.

Me llevaré también los sueños como juguete, que pronto tendrán sabor a metal. Mi nombre también será metal, junto a la rosa metal/ frío. Y si aún no he superado el llanto, el metal no me dará tregua en la ilusión absurda y mentirosa. Y las lágrimas resbalarán una tras otras hasta que comprenda que el horizonte maravilloso y fantástico de la primavera es efímero, está muerto y encerrado en el fantasmagórico baúl del tiempo.

ooooo000ooooo

El espacio de las horas felices se ha transformado en el gigantesco monstruo helado de las noches negras, sin salida. No sabía hasta qué punto podía sentir la desesperación, la impotencia. No sabía hasta qué punto me había acostumbrado a la necesidad vil y mezquina, cotidiana, de sentirte mía. Tampoco sabía hasta qué punto te quería. No sabía lo que era desear la muerte, ni en las noches de analizarla fríamente. Creo que no he sabido nunca o no he querido saber. He querido confiar, jugando abiertamente y nunca he querido aprender definitivamente, pero tampoco he querido aprender a no vivir acostumbrada.

Las noches se han vuelto largas, epilépticas, al borde de la convulsión total. Infectadas de tabaco... Desesperadamente sola.

El espacio se ha agrandado tanto grotescamente que se pierde en el infinito y no encuentro ese rincón íntimo de las horas de amor. El espacio ha construido su telaraña/ trampa deglutiendo los sueños y la ilusión. Y al final no está sólo implicada la aparente

causa que originó el “problema”, sino que su onda expansiva amenaza con destruirlo todo. Al fin y al cabo, la sacudida me ha hecho sentirme viva porque he visto de cerca la muerte. Y nunca he deseado tanto vivir para ti, si es que significa algo...

Ahora no sé si estás cerca o lejos. Y yo lucho desesperadamente por rehacerme del golpe de la noche, sin conocer la magnitud de las heridas que me destrozan el alma. Agonizo rendida a esa nube de tristeza que me envuelve, sin vislumbrar la salida, sin saber si volveré a resucitar, o ya no seré más que una sombra de mí, en espera que cualquier viento de otoño me borre para siempre.

¡Qué suerte la escritura! Es al menos tranquilizante, poder escribir, vomitar sobre el papel, hasta recapacitar, y un sin fin de cosas más... Siempre me ha resultado esclarecedor tratar de “objetivar” un poco la propia vida. Situarla fuera de una misma, en un marco que no te pertenezca del todo. Y esforzarme por conocerme con todas mis contradicciones (acaso no tan contradictorias) movidas y motivadas por mecanismos de todo tipo, que son los que te hacen ir actuando “en vivo”, “en caliente”...

De repente, vienes, te retraes, empiezas a analizar, aunque siempre en mi caso con la voz cantante del corazón de por medio, que se encuentra absurdamente jodido. Perdóname que sólo hable por mí. Pero me duele... Me duele todo esto y quisiera correr hacia ti y decírtelo. Y refugiarme en tus brazos y no sentir más que tus besos y caricias. Y reconquistar y rededir nuestro espacio. Ese espacio en el que ya no te mueves con soltura, que ya no lo dominas. Que se vuelve a cada paso una acusación contra la otra persona. Donde el reposo y el descanso no tienen ya sitio. Y que te provoca continuamente la huida hacia otro espacio, otro lugar.

Quisiera decirte que te comprendo y que te amo. Que tengo que aprender a conjugar juntos los verbos querer y amar... Y aquí me he quedado encallada porque hay algo que quiero dar y que no quiero perder, algo que deseo y que rechazo, razón y corazón... Y busco como loca la frase o la palabra sintética, a modo de “broche de oro”, y no existe. Está más allá de nosotras, porque no es cierto que podamos bajar la guardia, que tengamos que dejar de seguir librando la propia batalla.

Me quedo en esa especie de cóctel de lo que comprendemos, queremos aceptar y sentimos, sin saber si las proporciones son las adecuadas: Sin saber si saldrá un licor muy amargo o muy dulce, Si era justo combinar esas cosas, arriesgándote a encontrar una especie de yogur. O si es mejor dejarlo macerar por un tiempo (en frío o en caliente) antes de agitarlo y servirlo. No me queda más remedio que optar por lo último... Me da la impresión de que necesito tiempo.

Quiero volver de nuevo sobre el laberinto y sus incógnitas. Pero esta vez para fantasear lúdicamente buscando salidas, entradas, punto de encuentro. Lo cual no impide el miedo, la carcajada, la sorpresa, etc. Deseo ir de la mano contigo y con quien tú quieras, si acaso te aburro. Pero allí nos soltaremos, Si, juguemos en el laberinto de nuestras vidas con la otra mujer que somos, que siempre buscaremos, que siempre necesitaremos, que siempre perderemos/ olvidaremos, que siempre volveremos a reencontrar en los sucesivos meta/ espejos del laberinto. No existe lo uno sin lo otro. Son dos momentos de una misma necesidad del ser. Lo que buscamos fuera está dentro.

ooooo000ooooo

Esta tarde quizá pueda adentrarme y recorrer un poco alguna de las oscuras galerías de mi existencia y pararme a analizar la extraña mecánica de los impulsos, de los pensamientos, del sentimiento... de los motores de la vida. Quizá pueda intentar aclarar esa confusión que me aturde por el cúmulo de cosas, de ideas, de sensaciones que se agolpan en mí, que me manchan el cuerpo, que manejan mi voluntad...

Quisiera situar las cosas en su sitio dentro de mí pero dejarlas a su albedrío fuera, que se confundan, que no resulte fácil etiquetar, la forma más simple de engañarnos. Quiero elevar mi mente por encima o por debajo (es igual) pero en una dimensión distinta a cualquier ideología. Una dimensión más satisfactoria, más humana.

¿Me estoy creando una isla? Me da lo mismo. Necesito alimentar mi razón de ser, mi utopía. En mi delimitación de cosas importantes, significativas, para mí, me ha quedado desnuda: soy una mujer.

Y, por otra parte, me he dado cuenta que en la base de cualquier acto de mi vida está siempre presente mis proyecciones afectivas. Si ha existido un punto de referencia, un generador afectivo, el resto ha encontrado un significado (mayor o menor), una razón de ser, para mí.

¡¿Es tan difícil ser una mujer que ama a otra mujer?! Sí, es difícil por dentro y por fuera. Siempre pasando examen, al límite de la exigencia propia y ajena... Ahora, que siento la noche pesando sobre mí, que la temo, que no puedo dar marcha a atrás, me pregunto a mí misma: ¿busco la pureza? Sí. Busco la pureza en esencia de cada cosa, de mi ser. No busco sólo la forma, o el

contenido, sino la intención, lo no expresado, la capacidad de reconocer la nada como todo y viceversa, también la falta de sentido, de respuesta... La pureza no es lineal ni simple, pero sí es transparente. Y está en estrecha relación con el respeto a nuestra experiencia interna. Busco, pues, la pureza de la impureza de toda mezcla de lo existente que está en cada uno/ a de nosotros/as. Perderse, reconociéndose... amándose, a cada lado de los límites.

¡Qué extraña desazón! Si pudiera partirme el alma y explicar lo que siento... Y dejar grabada la estética del sentimiento. ¿O es que necesito retroalimentar mi amor? ¿Cuál es entonces la pureza? Quizá la estética sea la pureza del sentimiento expresado, que necesita ser tal, mostrarse así, para sentirse vivo. No tapiado por la impotencia y la incapacidad que te genera el ambiente. Deseo luchar para expresarlo. Salvar lo más grande: ya no el sexo sino el AMOR, reinventarlo siempre.

ooooo000ooooo

Me he vuelto desde la mitad del pasillo para volver a echar una última mirada a aquella casa. Siempre con la sensación fuerte dentro de mí de que se me queda algo... Luego, con la mirada triste de la despedida de este espacio que nos ha guardado y definido nuestro amor. Donde las paredes se han quedado impregnadas de ese sentimiento que hemos derrochado continua y generosamente, más allá y a pesar de nosotras mismas.

Y he recordado otras casas... Y he recordado esos espacios “contradictorios” que han tratado siempre de afirmarse dentro y

definir mi alma. Me faltan y me sobran años por los que dejar escurrirse todas las cosas que me minan el corazón.

Me doy cuenta de que lo que más pesa en mí —es casi normal— lo que más he sufrido. Las negaciones, las angustiosas esperas, los deseos silenciosos, los sueños irrealizados, los miedos ajenos... Todo lo que sigue, por llamarlo de algún modo, una línea lógica de evolución acaba consumiéndose y perdiendo sabor para mí. ¿Acaso esa vitalidad, ese “fuego” que me anima, no se satisface con las simples batallitas de cada día? Me temo que no.

Sin embargo, en la práctica, soy una persona metódica, amante de la seguridad, de la organización, de los espacios definidos, de la perfección. Me cuesta acostumbrarme al laberinto. Busco el no tener cosas pendientes, situaciones en el aire, deudas a mis espaldas. Pero el subconsciente —y algo más que esto— me “traiciona” de una forma encantadora. Mi carácter fogoso se expande mucho más allá de mí sin que yo pueda controlarlo muchas veces. Es mi lucha dialéctica particular, que me marca una intensidad de vida que a veces quisiera desterrar de mí y que, sin embargo, necesito.

De todas formas, mi experiencia me ha abierto a una comprensión no lineal de las cosas y me planteo que mi nombre tal vez tenga que seguir ese ritmo biológico de la naturaleza: ahora luz, ahora oscuridad. El que tenga que seguir conjugando las habitaciones con el pasillo. El que tenga que dejar que la experiencia realice en mí esa síntesis vital.

Tanto he corrido por el pasillo a golpes de impulso siempre, en pos de lo nuevo, de lo más atrayente, cuando me parecía que nada tenía que perder y mucho ganar, que ahora vuelvo a tirar con

fuerza del hilo del pasado, buscando lugares, afectos, en los que volver a cobijarme, sintiendo más con el deseo que con la razón, que puedo volver a encontrar las situaciones en el mismo punto en que las dejé o nos dejamos... Como si el tiempo se hubiese detenido. Y no es así, para mi tristeza o para mi suerte –no lo sé- Tengo que aceptar lo único que poseo: el presente, con sus insistentes adversidades en esta etapa.

ooooo000ooooo

El tiempo se volvió túnel hacia la cárcel de la palabra muerta. Prolongué mi estancia en el cuarto de baño. Después de todo era imposible despedirme con un manido y agotador “hasta mañana”.

Y mañana ¿qué?...

Todo parecía ya clausurado y yo atrincherada en el baño trataba de resistir, o comprender... No sé. “¿Cómo es posible?”. Respiré hondo. El tiempo es inexorable si lo pierdes. Y el mío se había agotado. Era como sí se hubiese encapsulado en un saco de palabras que muy poco o nada tenían que ver con mis sentimientos. Ni con los de ella, supongo.

Al final, me devoró el oscuro pasillo y acepté la rendición. Se me hizo largo y corto a la vez. Creo que lo hubiera deseado eterno. Por lo menos andaba o caía...

Una tremenda sensación de soledad hueca, de fracaso confuso, de pena un tanto ajena... fue subiendo poco a poco al tren de mis pasos obligados hacia mi mazmorra. Las inoportunas

coincidencias se aplauden una vez más su actuación, su puesta en escena. Mientras que yo, sin ninguna credibilidad en lo que hago, voy recomponiendo mis rituales del dormir. Casi como una obligación aunque reconozco que mis ritos me acompañan, rellenan algo...

Embutida en mi cama-longaniza arrastro todavía débilmente el diálogo conmigo misma. Es un último esfuerzo quizá por entender. “¿Cómo es posible?”. Me resisto a creer que sea así. No puede ser...

Envidio a la sombra su capacidad de ser inevitablemente. Yo me debato en la impotencia de mi posible no-ser ni siquiera sombra, o telón de fondo. Cuando siento que ahora cualquier cosa que haga cae irremisiblemente en un pozo sin fin casi despreciable. Son las mismas cosas de siempre, pero ahora nada se sopesa, se valora, o se respeta. Son las mismas cosas de siempre y es el mismo pozo tan felizmente cargado en el pasado que ahora aparece mezquino. Después de todo me duermo. Es lo mejor.

ooooo000ooooo

Mi alma se levantó despacio esta mañana: sentía frío... atravesé las oscuras galerías de mi ser dormido agarrándome a las paredes del sueño que, a mi paso. Iban cayendo tras de mí. Era imposible el regreso.

Al final del pasillo el espejo no mentía, me descubrió dando tumbos. Yo estaba delante de él. ¿Podré recuperar mi imagen? Presiento que sólo soy un trozo de mí, que se han ido perdiendo

muchos trozos... delante del espejo he querido desatar una lucha encarnizada reivindicando mi integridad.

Este espejo se me antoja tan frío y grande como el mundo. Y yo tan sólo soy ese trozo de mí que ni siquiera está seguro de ser un residuo auténtico. Pero es el reducto que le queda a mi alma.

El espejo se ríe...

Ahora estoy sola en esta casa que quisiera convertir una vez más en la cajita de mis afectos para poder encontrarme conmigo misma. Para sentirme impregnando cada rincón de la casa. Quisiera agarrarme a esa ilusión, como cuando era niña. La niña que persiste dentro de mí de alguna manera y que deseo custodiar celosamente.

Reencontrar mi soledad y mi espacio, tan deseados y tan temidos, supone para mí, en este momento, tomar el tren del presente para no forzarme a ser extraña a mí misma y no obligarme a que la vida sea como yo inconscientemente querría planificarla, porque entonces nunca podrá sorprenderme más allá de los efectos de mi manipulación.

Me gustaría contarte cómo el espacio últimamente se me ha convertido, una vez más, en una encerrona aplastando el sentimiento... Porque, curiosamente, el espacio se me manifiesta como el primer síntoma de un posible malestar, en este caso, aunque también como un posible bienestar, en otros. Que luego se acompaña de todo lo demás: enfermedad, agresividad, inseguridad... o bien alegría, vitalidad, etc.

De repente, he descubierto cómo no puedo forzar a mi vida a discurrir por unos derroteros prefijados de antemano en base de unos ideales que puedo haber defendido como los más deseables hasta ahora. He descubierto también como el respeto al sentimiento ajeno pasa por el mío propio. Como al sentimiento no se le puede encausar obligatoriamente en una determinada dirección. Que es lógico que se asfixie si permanece encerrado en una habitación durante mucho tiempo. Que sólo cuando se le abre puertas y ventanas y se le deja volar libremente por todos los espacios en sus distintos tiempos habremos empezado a mantenerlo fresco y vivo, sin que necesariamente desaparezca.

No se puede enjaular el sentimiento. Esto que inconscientemente tendemos a hacer es una reminiscencia totalmente burguesa: afán de controlar, encausar, delimitar... Y la mejor forma de hacerlo es atar todas las cosas, hasta la expresión del sentimiento, a un espacio determinado fácilmente controlable. Esta práctica funcionalista ha contagiado también nuestra forma de sentir y de actuar, sin que la mayoría de las veces nos diéramos cuenta.

Creo que nuestra salud mental (y física) muchas veces está en peligro a causa de esta división, fraccionamiento, compartimentalización, etc. Mucho se ha hablado ya sobre nuestra forma esquizoide de vivir en la actualidad.

Yo necesito reconstruir ese puzle mío desperdigado funcionalmente según los espacios culturales, desintoxicándome de esa mentalidad contagiada para reivindicar mi integridad personal que, dicho sea de paso, nadie me va a ofrecer sino que tengo que ser yo quien la reconquiste, después de haberla perdido en la infancia suprimida. Y esto tiene su precio.

Es peligroso empezar a ser personas íntegras en los espacios de ocio y encuentro. Es peligroso empezar a mentalizarse sentimentalmente y que nuestros espacios sean abiertos: sin puertas, ni paredes.

Ahora me muevo por la casa recogiendo y ordenando todo, como si esperara la visita de alguien importante para mí... ¡La visita, la llamada que siempre espero! Como aquella noche, pero esta vez más determinante... siento que en el pasillo oscuro del alma a veces la soledad se hace tan fría que el sentimiento se te queda como hielo pegado a los huesos.

Mi paseo solitario por la casa, a medida que crece el día, se vuelve más nostálgico y, en determinados momentos, desesperado. Es como si las paredes te fueran devolviendo insistentemente al pasado a través de toda la historia que resbalan. Un pasado que, por muy bonito que haya sido, el presente te denuncia tan falto de afectos que no sabes por qué lado enganchar el sueño para alimentar un poco la ilusión de vivir.

Recuerdo los años de mi adolescencia... el sueño se desplegaba y tenía una base tan poco real, era tanta imaginación y fantasía que se volvía tremendamente creíble y yo quedaba plenamente satisfecha. Pero ahora, quizá porque he vivido tanto, creo yo, o porque el conocimiento de las cosas y de las personas me ha intoxicado tanto el sentimiento (me espero las típicas reacciones, las típicas respuestas, sé hasta dónde van a llegar, sé hasta dónde puedo llegar yo...), que el sueño se me vuelve increíble precisamente porque el punto de partida es tan conocido que no me resulta para nada manejable, ni fantaseable.

Me pregunto si hemos aprendido mal a conocer o si ha sido el hablar mucho, que nos ha hecho quedarnos en ese mal conocimiento de la palabra

me/ di / da y con - ta - da

lo que nos ha ido encasillando la mente.

La melancolía se me va incrustando en los ojos como un síntoma de impotencia. Síntoma del sentimiento que, como no puede proyectarse ni a través del sueño ni de los sentidos, se hace carne con mi cuerpo y, a veces, estalla somatizándose de una forma más o menos exagerada, según las situaciones.

Actualmente todo se vuelve síntoma, no ya enfermedad diagnosticada, sino sólo síntoma. Sin conocer dónde radica su mal. Además tampoco se sabe exactamente qué es malo y qué es bueno, para quién...

ooooo000ooooo

Ahora que ese espejo exterior (desmitificado) no me ofrece nada nuevo, que se me antoja continuamente un círculo cerrado, que tengo que vivir en él aceptando ese juego de situaciones y realidades, aunque tratando de dejar al descubierto su mecanismo, quiero vivir recreando mi propio espacio interior, el que nada ni nadie me puede quitar. Ese espacio interior propio que me permita mantenerme sana. Quiero, tomar el tren del presente, barrer tanta historia, recobrar la confianza en mí... y reír, reír, reír.

Y no lo tengo del todo claro pero voy descubriendo que una forma de conseguir esto, muy importante, es el SILENCIO...

No sé qué puedo decir en la hora del deseo trascendente. Cuando sientes que te va subiendo por todo el cuerpo como un eructo que no puedes y no quieres detener. Y que está a punto de aparecer en tu boca, no sé si de una forma grotesca y fuerte, pero sí vital y visceralmente.

No sé qué puedo decir cuando todo se mezcla. Nada es lo que parece. Y no hay blanco ni negro, ni rosa ni azul, sino sentimiento. Y es cuando te das cuenta de que nunca han existido situaciones y espacios definidos, sino definiciones, esquemas mentales. Maneras de cómo el espacio nos enseñó a ver, a sentir y a vivir la vida.

## ASÍ SIEMPRE O SIEMPRE ASÍ

No sé...

Creo que me estoy poniendo nerviosa...

¡Ufff!... ¡Qué tontería!

Claro. Es normal que me sienta así, que me pase esto. De repente, quiero entender, enterarme...

Era tan fácil cuando estaba relajada y flotaba, sola, conmigo misma, sin preocuparme de si tenía que enterarme de algo, o controlar algo... Esa eterna manía de anticipación metida hasta la médula. Posiblemente al final habría acabado entendiendo todo, supongo, pero de una forma suave, placentera, a mi ritmo...

Como en el tren, cuando venía esta tarde, absorta en la película de la ventanilla... Impregnándome poco a poco de silenciosas sensaciones. Me apasiona el tren. Viajar teñida de paisaje. Donde te vas yendo o vas viniendo, poco a poco. Te das tiempo de vivirlo todo, de llegar, o de partir...

De todas maneras, es muy definitivo eso de acabar entendiendo todo, ¿no?... “¡¿Te das cuenta de que siempre has estado así?!”... Algo dentro me lo dice continuamente y a lo mejor es eso lo que realmente me inquieta. Y me rebelo, me rebelo contra la inquietud. ¿Qué es esto, una confabulación para acabar preocupándome?... Además ¿qué quieres decir con eso de “siempre” y de “así”?... No voy a dejar que te salgas con la tuya, que me preocupe de analizar, que me dé cuenta ¿de qué?... De lo que tú quieres meterme en la cabeza y no de lo que tranquilamente yo sentía nacer dentro de mí como un alumbramiento... ¡Calla! ¡Olvídame!

Me doy la vuelta en la cama, lo mismo que alguien pasa la página de un libro...

¡Ahhh! ¡Qué placidez dormir! ¡Qué placidez deslizarte por el sueño hasta llegar a las puertas de la nada! O del todo... Ese momento tan delicioso donde vida y muerte se confunden, y dejas de estar... Pero ¿estás de alguna manera?... En realidad, estoy sola. Estás sola. Estamos... de alguna manera.

La verdad, es que no está mal lo del pensamiento. Te entretienes hasta que te duermes. Te acunas con sus devaneos. A veces, te niegas, estás rebelde, o te da miedo dormir... Tratas de reafirmarte pero vuelves a decaer. Hasta que ya no ves nada claro. Y todas las oscuridades comienzan a conectarse: la de la calle, la de la habitación, la tuya... Entonces, te colocas. Buscas la postura idónea. La que tu cuerpo siente que mejor te acompañará en el sueño. Incluso la que mejor burleará la soledad. Y ahí te quedas...

De todas formas, me fastidia... ¿Por qué seré siempre la última en dormir? ¡¿Y creo que en todo?! Menos mal que mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad. Incluso hasta se me hace familiar. ¡Bah, qué tontería! Esta oscuridad ya me es familiar desde hace mucho tiempo. Vaya, otra tontería... ¿Cómo me puede ser familiar algo a lo que estoy tratando de acostumbrarme ahora? Creo que lo que me resulta familiar es la sensación. La sensación... ¡Sí, la sensación! Pero aun así ¿cómo puedo afirmar que es exactamente así como lo he sentido en otras ocasiones?... Bueno, esto me pasa por ponerme a comparar... Este momento es único y yo en él para vivirlo. Es ahora cuando vivo, al menos eso pienso... ¡Qué rollo! Esto me pasa por esto, por eso y por aquello... porque tú dijiste, que yo dije, que tú decías... Pufff!!...

¡No, no, no! ¡Por favor, no! ¡Basta! Ya me descubro yo misma... No tienes por qué ponerte así... Al fin y al cabo sólo son fantasmas del pasado...

Bueno, no empieces ahora con esas... ¡Y yo qué sé!

Está bien. Es cierto que dije que me habías deslumbrado... Espera un momento, ¿o no me habías deslumbrado en realidad? ¿O quería creerme que me deslumbrabas?... Tal vez quería que te dieras cuenta de mi deslumbramiento y hacerte sentir deslumbradora para a mi vez poder deslumbrarte... Bueno, el caso es que no te quería perder. Pero ¿qué más da todo aquello?... Ahora estoy sola, a oscuras. Y me callo.

¿Y por qué? ¡No, no me callo! Al menos esto me acompaña. Todo lo que digo vuelve a mí: yo me rumio, me como, me vomito, y me vuelvo a comer. ¿Cuántos restos míos habrá por aquí?... A lo mejor es al contrario, ¿cuánto falta de mí aquí?... En cualquier caso, contar los trozos que me faltan o me sobran no me divierte nada y menos cuando está oscuro. Todo esto lo barrerá la luz por la mañana. ¡Imagínate que un día no haga luz por la mañana! ¿Te lo puedes imaginar?... Pues eso, no se barre.

Llevo mucho rato hablándome. Me cuesta rendirme, entregarme a la muerte del sueño... Cuesta abandonar sin más todas las absurdas historias que me atan... Me pierdo por el laberinto de mi mente. Con lo bien que estaba antes flotando suavemente, todavía con el traqueteo del tren de fondo...

¿Por qué tuve que empezar a tomar conciencia? Tal vez me asaltó el miedo de que pudiera arrastrarme la sonoridad del silencio y me quedase ahí atrapada... ¡o liberada! Era cálido y suave estar en esa silenciosa sonoridad, abandonada. Pero mi mente me

traiciona. Ahora el silencio se vuelve una presencia espectral cada vez más intensa.

La sensación... La sensación...

¿Cómo era aquello?...

¿Quién me dijo qué era lo que había en aquellos soportales?...

¡Ah, sí! Un buzón de correos. Acababa de bajarme del tren...

Debía llevar una pinta entre desvalida y despistada cuando me presenté allí, con la carta en la mano, la había escrito durante el viaje y le pedí un sello de correos a la señora del bazar.

¡Cuánto y qué poco da de sí una carta! Es un suspiro. Una sensación colgada del aire. Una sensación, como la del tren, de llegar quedándose...

O viceversa.

- “Perdone...” le hubiera dicho a la señora del estanco cuando me miraba con ojos de preguntarme si quería algo más. - “... no sé lo que significan o lo que queremos que signifiquen las fechas, pero es que se acerca un 28 de... otoño y... mi hermano, bueno, no tiene importancia.

Pero la estanquera solo oyó:

- “No, no quiero nada más... ¿Sabe dónde hay un buzón de correos por aquí cerca?” O al menos solo parecía haber oído eso.

- “En los soportales”, me dijo.

¡Vaya! con la de veces que he pasado por aquí... En realidad, no debo haber pasado nunca como hoy. Claro ¿a mí qué me importaba el buzón? Ahora me doy cuenta que está ahí. Hoy lo necesito para volver quedándome. Un buzón... Sí, una caja de recordatorios, llena de mensajes con fechas. Un recogedor de tiempos ajenos para repartirlos a los cuatro vientos...

- ¡Feliz cumpleaños, hermano!... Me fui otra vez. ¡Tenía que irme! ¿Tenía que irme?...

Aquí solo se respira frío y silencio. No sé si ya me queda capacidad de sentir y de pensar... Comienzan a escaparse las sensaciones al mismo ritmo que me bombea el corazón.

No sé si eres tú o soy yo... es lo mismo. Tú sí que flotas. ¡Cómo eres! ¡La de cosas que caben en ti! ¿Será que por eso flotas? ¿O será que flotas porque nada te cabe totalmente?... No tiene importancia. Déjalo así. Siempre. Es deliciosamente extraño. Contigo todo se sabe, ¿o no?, aunque nada se vicia, ¿o es al revés?...

¿Te acuerdas? Nos divertía jugar con los mecanismos y trucos de siempre. Nos reíamos. No parábamos de reír. Ahora nos reímos. No paramos de reír... Pero eso que queda en el “fondo” parece que ya no nos importa. Reímos, aunque nos duela...

Recuerdo cómo se fue congelando nuestra sonrisa y se convirtió en un rictus de tristeza, como si se nos corriera el maquillaje... o como si nos quitáramos la máscara, o nos la pusiéramos... Los tiempos son distintos. Nada es más real hoy que ayer. Y el fondo ¿era lo que veíamos o era lo que simplemente ocultamos porque lleva la huella del dolor y le llamamos “fondo”?... En realidad, tampoco tiene importancia. Los momentos llegan y se viven. Es lo que toca. Es ajeno a nosotras decir que no. Es ajeno a la vida, creo...

Me descubriste lo que sentías como quien cuenta su última verdad... Estabas tan encantadora con esa seria solemnidad de lo que en un momento se siente como “fondo”... Me atraías. Me

hubiera gustado besarte... Pero no fui capaz, porque –no sé quién, ni cuándo me lo dijo- eso era interrumpir. A lo mejor lo que pasó fue que realmente te interrumpí el deseo al quedarme quieta... El análisis falla. Falla siempre, de alguna manera. Siempre es parcial. Nunca nada es lo que parece. Es normal que se te agotara la imaginación y se te cerraran los ojos. “Vale”, me dije...

Ahora sola, tumbada en la cama. Trato de llenarme de algo, o de vaciar algo. Trato de escuchar, o de comprender... Todo es algo así como vivir. Y está bien. Lo que se me resbala por la mente es un cuento pero también es mi historia. Verdad y mentira. El cuerpo con su presencia marca el punto de la necesidad. Y la mente responde... de alguna manera, desde su película.

No sé... Todo se confunde cada vez más. Mis ojos se abren y cierran casi sin ritmo...

Siento la oscuridad, sola, pequeña... siempre así... así siempre...

De la mano iba... con el tren... flotando por el aire...

Como un buzón de recordatorios...

¿Cómo era que reíamos?... Estás seria... en el “fondo”...

Como un 28 de otoño... Deslumbrada con un sello de correos...

Fantasma de los soportales...

Desvarío... Por no interrumpir...

Déjalo así siempre... Siempre así.

Está oscuro... en el fondo. La luz de mañana no importa.

La postura está bien... la sensación es...

Es lo mejor. No hay nada. Voy a morir... Voy a dormir.

Es la sensación... Yo he estado así siempre... siempre así.

## NADA ES LO QUE PARECE

### **Primera versión**

¡Ha vuelto a decirlo! ¡Me cuesta creérmelo!... Allí estaba yo sentada frente a ella y sus palabras intentan de nuevo... ¿qué? ¿Abofetarme el corazón?... no sé. De alguna manera lo consigo... No es consciente, pienso, o quiero creerlo así. Cada vez veo más su proceso desde fuera, también el mío... bueno, eso me parece, creo que tomo más distancia. Me desenvuelvo mejor. Cada vez me implico menos reactivamente, o no tanto como antaño. Creo que voy aprendiendo a aceptar con humildad y paciencia el aprendizaje que la vida me pone delante. Quizás al poner más atención en el presente me doy cuenta con más rapidez, antes de implicarme tan automáticamente como en el pasado. La guinda, lo que es inevitable, es que duele. La verdad es que sí duele. No sé... Cómo me gustaría limpiar mi mente de modelos mentales sufrientes. Pero duele, claro que me duele, pero al menos soy consciente, ¿o viceversa?... ¡qué más da!

Me sorprendió tanto el I Ching, hace un par de semanas... Lo consulté por el tema salud: las piernas. Me duelen tanto las piernas en este mes... además de otros cambios físicos que afloran a la superficie de mi cuerpo. Me siento desconcertada y temerosa...

Así que consulté el oráculo del I Ching. Me tranquilizó por una parte, sí... Es un proceso de cambio, decía, “delicado como un parto, pero que obedece a procesos naturales”, con lo cual aludía en primera instancia (porque había una línea cambiante) a la Dificultad Inicial del Cambio, donde hay que ir muy despacio, ser

perseverante y dejar que la naturaleza actúe. Eso era lo general. Lo sorprendente es que en la línea cambiante (en lo particular), el oráculo ponía de manifiesto una presencia subyacente de una persona cuya relación con ella es un referente importante respecto de algunos de mis malestares físicos. Una relación con alguien... ¿Con ella?, ¡¿con quién si no?! Mal que me pese no hay otro alguien más importante para mí. ¡Cuántas veces he deseado por activa o por pasiva en estos últimos años desterrarla de mi corazón!... ¡Ja! Hace unos pocos días estampaba en mi diario algo así: “¿Sabes cuántos años llevo despidiéndome de ti?... Me habría gustado darme permiso en algún momento de decirte que eres un fraude, pero me miro al espejo y me lo digo a mí la primera, por convertirme en la mendiga de las migajas sobrantes de tu amor, dejando estampados en mí tantos recuerdos fantasmas que no sé por qué lado encarar la limpieza del alma y que no se me quede despistado en ella algo que irremisiblemente me hable de ti, sin ti. Mis tripas querrían recriminarte un montón de cosas pero a esta altura de mi consciencia sé que estoy donde me he dejado estar atrapada por mi necesidad dependiente no gestionada. Así que aquí sigo apuntada a clases de recuperación de autoestima. Me callo, acepto y hasta me compadezco de tu distanciamiento...” Y ahora el I Ching me dice, entre otras cosas además: “Si se aguarda a que llegue el momento adecuado, retornarán las circunstancias tranquilas y se alcanzará lo que se espera”, pero hay que mantenerse fiel a la persona amada en una espera que metafóricamente (o no), el I Ching cifra en 10 años como un período redondo y cabal (¡Jajaja!...) para que se den las condiciones adecuadas. Vísteme despacio que tengo prisa. Menos mal que me lo tomo con humor. Bueno, no deja de ser esperanzador aunque sea a tan largo plazo. ¡Jajaja!... Vamos, que si esto no es amor... En fin, es así y forma parte de mi vida, o sea

que aceptación, principio de realidad, o aquello de que “por algo será”...

Y mientras, en aquella cafetería sorteaba bofetadas de inconsciencia, trampas del ego, etc. ¿Cómo se puede estar toda una vida en una situación de “quiero y no puedo”, de “mírame y no me toques”?... Pero si yo, por expresarlo de alguna manera, no puedo vivir sin ella, y ella tampoco puede vivir sin mí... A las pruebas me remito. ¿Qué hacemos? Nuestra mutua presencia es casi continua, amén de la química que hay entre las dos en el trabajo y en muchas más cosas, aunque me resulte trabajosa en otras, pero todo tiene su parte luminosa y su parte oscura... Entonces, ¿cómo se puede sostener una situación así eternamente? Bueno, no sé... en este momento me rindo incondicionalmente en todo. Sé, acepto, que no hay nada que pueda hacer. Solo rendirme y observarme en esta increíble película, por más que una parte de mí quisiera a menudo no estar en ella. Y si no sé estar de otra manera tratar al menos de divertirme todo lo que sea capaz. Mientras, transformo todo lo que puedo a mi alrededor: cambio los muebles de sitio, cambio de coche, cambio de casa...

¿Tal vez preparándolo todo? ¿Tal vez recreando las condiciones perfectas donde se den el amor y la familia? ¡Tal vez pensando exclusivamente en mí! ¿Buscar?... No, no busco. Muevo la energía para que esa plantita del amor se manifieste alguna vez con su espléndida flor acogedoramente abierta. En algún momento me entra el deseo de hablarle de todo esto, pero la intuición me dice de continuo “¡ni lo intentes!”; es más, en alguna circunstancia conflictiva le he recalcado con todas las letras que no estoy enamorada de ella, que no deseo para nada convivir con ella, que no es mi ideal de pareja... De alguna manera no mentía.

Solo que no es una verdad completa, lo hago más bien para allanar cosas, poder estar sin tensiones y quitar auto importancia. Parece que si dices que sigues enamorada es una losa que aplasta y condiciona todos nuestros movimientos.

No sé tampoco cuál sea “toda la verdad”, ni siquiera en mí misma, como para manifestarla hacia afuera. Hay tanta obsesión creo yo, que igual si alguna vez me manifiesta su amor, quizás perdería el interés. Somos seres tan complicados... Bueno, por ahora soy del momento que construye la vida. Éste no es tiempo de sincronidad y fluidez con ella. No somos pares. Lo acepto y me rindo. Me voy quedando en paz con mi historia hacia adentro. “Donde no se puede amar hay que seguir de largo”, decía el poeta. Y lo menos que deseo en mi vida es una batalla continua...

Sin embargo, perseverante y fiel, aquí estoy para ella en cualquier momento, procurando... en fin, no perder el estado de alerta sobre mis límites. Mi autoestima se está forjando en estos años a prueba de bombas...

## **Segunda versión**

¡Lo va a decir!... ¿será capaz?... Aaahhggg! ¡Lo dijo! ¿Cómo se puede ser tan inconsciente? ¿Cómo se puede hacer tan poco honor a la realidad? ¿Cómo se puede ser tan miope con el propio corazón?... ¡Se repite hasta la saciedad! ¿Y yo? Vamos que si me repito, o me permito repetir continuamente. ¡Dios mío, por qué coño sigo aquí, una vez más!... ¡qué MIERDA! ¿No está liquidada la deuda todavía?...

Aquí estoy sentada delante de ti, como si no pasara nada... Ambas dos en un diálogo aparentemente tranquilo con sus ciertos momentos de apasionamiento... A ojos del respetable en aquella cafetería quedaba todo muy estético y redondo. Ella se permitía cada tanto darle énfasis a sus expresiones agarrándome de las manos, o tal vez su subconsciente la traicionaba: una de cal y otra de arena, para ayudarme a digerir, porque si ella no se entera conscientemente su subconsciente lo maneja todo a la perfección. ¡Hay que joderse!

Y yo sigo aquí... agarrada a la silla y a esa parte de mí, que tan poco me gusta, por no perder las composturas. Agarrada a mis herramientas del alma para ser consciente del momento, de todo. Que no me domine el ego con sus rabiosas disquisiciones y esas cosas... cuando en realidad, levantaría la mesa de la cafetería por los aires, tiraría todo y saldría diciéndole que no se entera de nada, ya no de mí sino de ella misma, que siga alimentándose de sus fantasías adolescentes, que necesita seguir viendo muchos “reality-shows”, que por más elemento tierra que sea está más en las nubes que un pájaro, o a lo mejor le hacen falta 500 pájaros para que la ayuden a aterrizar, valga la “parajoda”. En fin... sus inconsciencias, creo. ¡Y las mías! Y mis obsesiones... ¡Cómo me cuesta aterrizar a mí también! Es que vemos lo que somos. ¡Menudos espejos de vida!

Joder... ¡Sí, hay que joderse! Esto no acaba nunca. “¡Jódete para que aprendas!”, como me decía mi terapeuta madrileña. Y voy aprendiendo. Cada vez me jodo y me joden menos, gracias al aprendizaje de estar más atenta a la realidad. Lo que más me fastidia no es ella, soy yo. Lo que veo en el fondo de mí: el jodido enganche profundo y obsesivo que tengo con ella. Por poco que me despiste en el día a día me dejo llevar por la ilusión de aquella

actitud inconsciente que se me quedó incrustada hasta en los forros de mi piel: el esperar reconocimiento del ser querido, acompañado de la ‘gran decepción’ como desenlace. Sí, esto es lo que más rabia me da, mi enganche, mi actitud expectante de lo que ella diga, quiera, desee, haga... siempre pendiente para ver si me tiene en cuenta, si reconoce que existo en su corazón. Y me da rabia de que esté en el mío, de que siga estando SIEMPRE, campeando a sus anchas. Si no de qué los dolores de piernas de este tiempo, sobre todo la izquierda. Cansancio. ¡Miedo a avanzar sola! Al futuro que se hace de rogar, que casi presiento en solitario. Por descontado que tengo una ‘depre’ encubierta... ¡qué encubierta! Más cantada que la lotería. Estoy cansada. Tengo miedo a avanzar por estos derroteros, y además en medio de un trabajo profesional en el que tengo que mirarme continuamente en el espejo que de mí me devuelven las demás personas. Lo malo es que para mis sensaciones no existe ningún agujero donde meterme y si existiera no me calmaría el dolor de las piernas, ni del alma. Así que me rindo, me rindo, ¡ME RINDOOO!

### **Tercera versión**

... Bueno, ya sabes, dice... Me lo estoy pasando muy mal. ¡Nadie sabe cómo yo lo que estoy viviendo! Los cambios de mi cuerpo, son cosas totalmente nuevas para mí... Y no salgo de un síntoma para que aparezca otro. Y menos mal que no paro, que hago deporte... Si no hiciera deporte yo creo que estaría ya para el arrastre. Y mira que tengo energía, porque veo en el gimnasio a otras jovencitas que a la primera de cambio, se paran, ya no pueden más... Y yo aguanto como si nada. No, la verdad es que gracias a que cada vez soy más consciente de mí misma, que estoy ahí, atenta, llenándome de paciencia... que sigo adelante. Porque de verdad, a veces no le veo sentido a nada. Por otro lado, siempre

lo mismo. Es todo tan duro, tan costoso... Trabajas y el dinero no llega para nada. ¡Estoy harta de depender siempre de la guagua! A veces si me apetece salir a dar una vuelta por la noche, ya sabes, nada del otro mundo a tomar una copa, salir un poco de la rutina... porque la verdad cada vez estoy menos por los trasnoches. Pues eso, solo de pensar en las guaguas que tengo que coger se me quitan las ganas. Si tuviera un coche... no tendría ese problema. Sobre la marcha, me visto y arranco.

Pero ¿sabes? estoy decidida. Esta vez me lo he propuesto y lo voy a hacer. El dinero éste que me deben hago como si no lo tuviera, lo voy a meter en un plan de ahorros y a ver si reúno aunque sea para un cochillo de segunda mano. Está claro que esto depende de mí. ¡De nadie más que de mí!...

Es que entre unas cosas y otras, es como si no tuvieras alicientes... Yo porque a veces, ya sabes, tengo mis tubos de escape... Eso, vamos, que me monto mis fantasías... Son mis recursos para hacerme la vida más llevadera. Claro que soy elemento "tierra" pero cada cual se ayuda como puede. Soy consciente de que son fantasías y no me voy a dejar gobernar por ellas. Yo que sé... Por ejemplo, me imagino que tengo un coche y entro y salgo a mi aire, sin depender de nadie. O qué se yo... Me imagino a veces que conozco a alguien... Bueno, entiéndeme, quiero decir gente nueva, agradable... No es que esté buscando qué sé yo... Sí, entiéndeme es una fantasía... Es como ayudarme un poco. Desde luego, no me despego de la realidad. Claro que estoy con los pies en la tierra, una cosa no quita la otra. Es como darme un caramelo. Bueno, no sé si me entiendes... Sí, ya sé que todo depende de mí, no de fuera, pero la verdad es que hay cosas que quiero y no tengo. Y mira que trabajo... Yo creo que con lo que llevo gastado

en guaguas ya me habría comprado un coche. Pero bueno... ahora he tomado la decisión y estoy en ello.

Y tú, ¿qué piensas?... Estas cosas no se las cuento a nadie, ya lo sabes. La verdad es que la persona con la que realmente cuento eres tú. Es que ya sabes que las personas que más quiero por encima de todo en mi vida son mis hijos y tú...

## Conclusión

¿Dónde está el “quid” de la cuestión para cada cual?... Sin comentarios. Nada es lo que parece.

## LECCIÓN DE AMOR

Poco a poco su pequeño habitáculo empezaba a entrar en complicidad con ella. Una especie de sensación agridulce y morbosa le hacía sacarle cierto jugo a su corto deambular por aquellos pocos metros cuadrados. Era una sensación extraña para ella que no había tomado suficiente cuerpo, no era aún lo bastante fuerte y se le escapaba de la manos. Era como un hormiguelo que a veces la incitaba a abrir las puertas del encuentro consigo misma. Entendía que para poder atravesar el umbral de esa sensación tenía que dejar de lado o, como poco, encarar los temores, las ansiedades... Pero este espacio le pesaba todavía demasiado. Y lo que más le pesaba y le alimentaba el miedo era el hecho de sentirse atrapada. Se iba y volvía continuamente...

Ahora se lamentaba que su espacio no fuese la calle. Ángela era de Plasencia, al norte de Cáceres. Cuando era niña se rebelaba como podía por disfrutar de la calle, como su hermano. Aun sabiendo que las pocas veces que lo conseguía su desventaja en los juegos callejeros frente a los niños era notoria. Lo intentó también de adolescente, sin mucho éxito. Siempre se sentía fuera de juego. Su mundo, su espacio interior, se quedó atrapado entre las paredes del espacio doméstico que adornó y agrandó como pudo con sus fantasías. Sólo recordaba como momentos especialmente felices cuando iba algún fin de semana, o en verano, al pueblo de su abuela y abuelo maternos, en el Valle del Jerte. Disfrutaba en solitario casi siempre de sus pequeñas escapadas por el campo, o por alguna de las gargantas cercanas que confluían al río. De cualquier forma, todo eso había quedado

muy atrás en el tiempo, así como su desbordante fantasía de entonces.

No sin cierta inquietud se había dejado ir recostando hacia atrás en el sofá situado frente a la puerta de la calle y permanecía vestida. Dispuesta –por si acaso- para una nueva escapada de urgencia. Pero estaba tan cansada que no opuso tampoco resistencia al enorme caudal de recuerdos y viejas sensaciones que se le venía encima.

Había alquilado este apartamento hacía poco más de dos meses. A raíz de su ruptura amorosa con Claudia. Después de una larga relación de pareja que había durado casi 9 años, se había separado hacía cuatro meses. Una ruptura “civilizada”, propiciada por Claudia, de común acuerdo. No tan común, piensa Angela, no al menos en las condiciones que han rodeado a ambas partes. No le parece justo... “Y encima todo se junta”, se dice a sí misma, como para declararse víctima de su situación, aunque tratando de ser consciente para que ese “todo se junta” comprimido dentro de este cubículo no la lleve a explotar por algún lado.

De repente, da un bote en el asiento al oír sonar el teléfono de al lado de su apartamento. El corazón le late con fuerza. “¡Ojalá sea Elena!”, piensa. Al lado de su apartamento hay un pequeño taller de tapicería, donde trabaja su casero y como ella no tiene teléfono éste le ha ofrecido de usar el suyo del taller para recibir llamadas o para realizar alguna llamada urgente de vez en cuando. Lógicamente dentro de su horario de trabajo. Ángela se resiste a los móviles y de momento no anda holgada de dinero ni para móviles, ni para poner uno fijo y menos para comprarse un ordenador, el que usaba antes era el de Claudia. Sin embargo, se había ingeniado una fórmula para comunicarse con sus dos

amigas más íntimas fuera del horario del tapicero. Consistía en una señal. La que llamase debía dejar sonar el teléfono dos o tres veces, cortar y volver a llamar una o dos veces más dejándolo sonar nuevamente la misma cantidad de timbrazos.

Ángela permanecía al borde del sofá casi sin respirar esperando la segunda tanda de timbrazos telefónicos. Uno... dos... TRES. Por fin. ¡Seguro que era Elena! Rápidamente se arregló un poco el pelo, se puso su chaqueta de lana, cogió el bolso y las llaves y se dirigió a la puerta, apagó la luz y salió con premura dando un pequeño portazo.

Ahora la calle tenía sentido, un objetivo para ella. Eso le hacía sentirse mejor y hasta disfrutarla. Era una templada noche de noviembre. Había una cabina a dos calles más abajo de su casa, en una pequeña placita recoleta del madrileño barrio de Lavapiés. Allí solía llamar sin que la molestasen mucho los ruidos callejeros.

Como siempre la llamada le supo a poco. No le quedaban más monedas sueltas. Pero había recibido una buena noticia. Elena, que vivía en Santander, le había dicho que vendría a Madrid este próximo fin de semana y que se quedaría con ella en su apartamento. “¡Qué gusto! ¡Y mañana ya jueves!”. Tenía una razón para dormir tranquila esa noche y la siguiente. Y la aprovechó.

Lo de Elena fue un respiro maravilloso. Durante casi tres días Ángela volvió a ser la misma de siempre. Aunque no faltaron momentos de alguna lágrima, evocadora de su ruptura amorosa. Con Elena se sentía muy bien, se conocieron hacía unos cuantos años en unas Jornadas Feministas, a las que asistió como ponente

por su trabajo. Rápidamente habían llegado a un grado tal de conexión desde el principio que parecía que fuesen amigas de toda la vida.

La partida de Elena la devolvió de nuevo a la realidad sin remedio. En algún momento durante el fin de semana había sentido la tentación –ya que estaba sin trabajo- de dejar su apartamento y pedirle a Elena que la dejase vivir un poco de tiempo con ella en su pisito de Santander. Al menos hasta que se aligerase un poco de esta situación tan angustiada y paralizante que la amenazaba con remover todavía más sus débiles cimientos. Y lo cierto es que se atrevió a planteárselo pero sólo como una tonta ocurrencia pasajera. Se auto justificaba a sí misma el hecho de no pedirselo en serio un poco por dignidad y otro poco porque algo le decía que tenía que encarar este momento de su vida sin falsearse nada y sin recurrir a ningún tipo de muletas. Acaso había abusado mucho de ellas a lo largo de sus 50 años de vida.

Lunes. Otra vez lunes. Los odiaba. Y sola otra vez. Su vida cotidiana se le antojaba un sin sentido, una estupidez. Ya de lleno en la menopausia. Sola. Sin trabajo, pagando un alquiler nada regalado en un cuchitril de mala muerte, con el ánimo hecho polvo...

Ángela se había licenciado en Filosofía y Letras. Se vino a estudiar a Madrid cuando tenía 20 años y aquí se quedó. Había hecho un sin fin de cursos de animación, pedagogía, etc. que le habían capacitado como una buena profesional en el campo de la animación sociocultural. Había estado trabajando como Coordinadora de una Universidad Popular y luego como Coordinadora también en un Centro de Atención a la Mujer, ambos en Ayuntamientos de la periferia de Madrid. En éste

último durante casi seis años, con los típicos paros intermitentes entre medias para no exceder los tres años de contratación seguida. Pero su último contrato había concluido justo coincidiendo con el cambio de política en el Ayuntamiento lo que la hacía prever que no volverían a llamarla y así fue. Por el momento tenía el subsidio de desempleo por casi tres años, eso era un cierto alivio...

Llevaba ya tres meses sin trabajar y no sabía qué hacer con esa montaña de horas libres diarias. Realizaba los 3 ó 4 quehaceres domésticos cotidianos concediéndoles categoría de solemnidad, porque además le gustaba implicarse siempre a fondo en cualquier cosa que hiciera. Y aunque eso la ayudaba a descargar un poco la tensión, su minúsculo apartamento tampoco le permitía hacer grandes cosas. Además, odiaba vivir exageradamente pendiente de las tareas domésticas. Esta situación reiterada de continuo sólo conseguía exasperarla. Cuando llegaba la noche casi siempre se encontraba en un lamentable estado de ansiedad, angustia, miedo y cansancio.

“Si al menos pudiera ir al cine, al teatro, o a tomar una copa...”, se decía. Pero para más “inri” también su omnipresente situación económica la frenaba, además de no estar muy motivada para ello. Tenía bastantes gastos fijos mensuales que encarar, entre ellos, el que más rabia le daba era el de un préstamo personal que invirtió en regalarle un piano nuevo a Claudia y en insonorizar una habitación de su casa. Por otra parte, tampoco se encontraba con la suficiente despreocupación psíquica como para abandonarse a la lectura o a la escritura, cosas a las que era muy aficionada. ¿Y las amistades, la gente de los círculos que frecuentaba?... Decididamente no tenía ganas de ver a nadie ni someterse al esfuerzo de poner a quien fuera al corriente de su

situación actual. En parte porque ni ella misma tenía nada claro y sobre todo porque nunca le ha gustado dar explicaciones. Sólo deseaba estar con sus amigas del alma y encontrar un trabajo, una ocupación... ¡YA!

De cualquier manera la estancia de Elena con ella este fin de semana la había dejado con mejor ánimo de lucha y voluntad para seguir adelante.

Acababa de cenar y veía la película de los lunes en la TV. La veía desganada por pasar un poco el rato antes de irse a la cama puesto que el argumento de la película no le interesaba en lo más mínimo. Se movía al mismo tiempo recogiendo las dos o tres cosas de la cena cuando el sonido inesperado del portero automático le dio un susto de muerte. Miró al reloj, eran casi las diez y media. “¿Quién puede ser?... Será una equivocación”, pensó, pero rectificó su pensamiento: “¡Ah, puede que sea María!”...

María era su otra amiga del alma. Era traductora y andaba muy liada últimamente con la traducción de un libro que tenía que entregar para una fecha muy próxima. Por eso hacía casi un mes que no se veían, aunque la llamaba con frecuencia. María era muy del tipo de aparecer sin avisar, a la hora que fuese, su flexibilidad de horarios era su ventaja o su inconveniente. “Sí, debe ser María”, se dijo mientras se dirigía al portero automático para contestar. Pero no era María. Se quedó casi petrificada cuando a través del telefonillo oyó la voz de Claudia.

- Quería verte un momento... ¿Puedo subir?...

- Ehh... Sí, claro. Sube. Le respondió Ángela casi de forma automática. ¿Qué podía decirle? pensaba. La había pillado totalmente de sorpresa. De repente era como si se le viniesen encima todos esos muros de sentimientos que había estado tratando de apuntalar durante los últimos cuatro meses sin Claudia.

Oyó el ruido del ascensor y de las puertas. Se miró al espejo estudiando rápidamente su aspecto pero apenas tuvo tiempo. Sonó el timbre de la puerta.

Allí ante sus ojos, en el marco de la puerta estaba Claudia. El corazón le dio un vuelco. “¡Qué guapa está!”, se dijo, se había hecho un corte moderno en su melena color castaño. Sus ojos claros verdí grises trasmitían una agradable sensación de tranquilidad. Ángela pensó, casi sin darse cuenta, que se alegraba mucho de verla.

- Hola Ángela, ¿puedo pasar?...

- Sí, claro. Entra. Perdona si no está todo muy ordenado... ¿Has cenado ya? ¿Quieres tomar algo?...

Claudia exhaló un “no” un poco cansado, como si no le agradaran mucho estas preliminares protocolarias. Por fin accedió a tomar una cerveza a medias con Ángela. Mientras ésta la servía, Claudia, que aún permanecía en pie enfundada en su holgado chaquetón negro de piel, pasaba una rápida revista al espacio para hacerse una ligera idea de la vida doméstica de Ángela. Era la primera vez que Claudia venía a su apartamento. Era la primera vez que se veían después de la separación sucedida a principios del verano, donde Claudia decidió desaparecer, irse de viaje,

dejando a Ángela en su casa hasta que encontrara otro sitio para mudarse.

- Acomódate si quieres, vengo enseguida... dijo Ángela.

Al poco volvió de la cocina ofreciéndole uno de los vasos de cerveza a Claudia y dejó un platito con cacahuets sobre la mesita delante del sofá, sentándose en el otro extremo del mismo, vuelta hacia Claudia.

- Si te digo la verdad lo menos que esperaba esta noche era verte por aquí, dijo Angela esbozando una pequeña sonrisa. Confieso que estoy un poco... cortada... ¿Cómo te va? Continuó hablando. ¿Necesitas algo?...

- No, no, que va. Estoy bien. Vamos, voy tirando. Sigo con el trabajo de la academia además de las dos o tres cosas sueltas que me caen de vez en cuando.

Claudia, era madrileña, tenía 48 años. Era profesora de música y piano, además de compositora. Esto último era su pasión. Había hecho interesantes trabajos musicales para cortos, videos, teatro, montajes audiovisuales, etc. Sin embargo, estos trabajos eran esporádicos. Lo que realmente le daba cierta estabilidad económica era el trabajo de profesora de música en la academia donde llevaba casi doce años, aunque este trabajo era el que menos le gustaba. Por lo demás, Claudia siempre había tenido el respaldo de la buena posición económica de su familia. Su padre le había regalado el piso en el que vivía y también, en su momento, el coche. De cualquier manera aunque estas cosas le vinieron muy bien entonces, Claudia era muy celosa de su independencia y no recurría nunca a su familia. Aunque se

llevaba muy bien con ella, pero procuraba mantenerles al margen de su vida por todos los medios.

- ... ¿Sabes?, dijo Claudia y carraspeó ligeramente antes de seguir hablando. Yo también te voy a ser sincera. Por el camino venía buscando una excusa de peso para mi visita. Y creo que podría haber utilizado alguna de las 2 ó 3 nimiedades que quedan todavía pendientes entre nosotras... Yo que sé... la cuenta conjunta del banco, las cosas que te quedan por recoger en mi casa, algunos libros míos que tienes tú... Pero sé que no te lo creerías... continuó Claudia, un poco entrecortada y moviéndose en el asiento.

- ... Sería absurdo y ridículo que me presente a esta hora de la noche en tu casa para hablarte de estas tonterías, dijo Claudia bajando la vista. No sé cómo decírtelo... No quisiera provocar una situación extraña o descolocante. En fin... Esto también me parece absurdo, dijo medio balbuceante, mientras emitía un pequeño suspiro. Claudia podía notar la expresión tensa en la cara de Ángela aunque continuaba con la vista baja mientras hacía girar el vaso entre sus manos.

- ... simplemente tenía la necesidad de decirte que te echo mucho de menos. Que tenía muchas ganas de verte... Tomó un trago de cerveza y pudo ver de reojo cómo Ángela se había quedado inmóvil como una estatua, casi sin respirar, incapaz de reaccionar... Hubo un pequeño silencio.

Por fin Ángela sin apenas voz dijo:

- Claudia fuiste tú la que planteó lo de la separación...

Claudia se levantó en ese instante como un resorte interrumpiéndola:

- Mira Ángela, si vamos a empezar con eso será mejor que me marche.

- No quiero empezar con eso, repuso Ángela. Sólo intento enganchar con algo, tomar algún punto de referencia... porque estoy un poco desconcertada. Hace cuatro meses que no sabemos la una de la otra, aunque quedamos en llamarnos, o vernos de vez en cuando... Y ahora... no sé... tú pretendes...

- Sí, lo siento Ángela. Te puedes imaginar que no me ha sido fácil venir. Nunca sabes cómo serás recibida, o si la otra persona está ya en otra onda... Si al final he tomado la decisión de romper el hielo ha sido con la única intención de que tuvieras conocimiento de... este sentimiento que aún sigue presente en mí y que, la verdad, no deseo que desaparezca... No sé, me gustaría intentar la posibilidad de buscar una nueva forma de relacionarnos. Algo que nos permita estar a cada una en nuestro sitio, sin hacernos daño, respetándonos ¿entiendes? Tal vez me estoy dejando llevar por una ilusión pensando en la posibilidad de una relación distinta...

Ángela seguía sentada en el sofá escuchando en silencio y mirando a Claudia desde la galaxia del dolor y del escepticismo. Se daba cuenta que su mirada contenía cierta dosis importante de resentimiento hacia Claudia. Volvió nuevamente el silencio tenso entre las dos. Claudia a su vez se percataba de que se iba contagiando por momentos del pesimismo y descoloque de Ángela y empezaba a sentir ganas de irse.

Ángela continuaba librando una batalla campal dentro de ella. Se veía presa de grandes contradicciones: había algo que quería dar y algo que no quería perder. Luego esa actitud a la defensiva que a menudo le salía propiciada por su ego tan crítico y victimizante. También el cansancio ante el esfuerzo de lo que le podría suponer un nuevo intento de algo que volviera a ser fallido y además... ¿cómo? ¿Cuál era el precio? ¿En qué condiciones? Ese resentimiento que se le había quedado de la separación en la que ella se había sentido la víctima, volvía a aflorar...

Ángela tenía una imagen de sí misma como forjada sobre todo en el lado duro de la vida. Sabía mucho de restricciones, de desproporcionados esfuerzos para conseguir muy poco... Había aprendido a ponerle frenos a sus ilusiones, a ser bastante desconfiada, aunque procuraba que sus experiencias no la condicionasen demasiado a la hora de vivir. Sin embargo, le costaba deshacerse de su dosis de pesimismo y de que el primer balance que hiciese siempre de las cosas fuera el de sopesar los aspectos negativos antes que los positivos. Claudia, por su parte, era más bien todo lo contrario. Pragmática, decidida y siempre había tenido la vida resuelta económicamente. Eso tal vez le daba cierto aire de dominio de la situación y de saber lo que quiere, cosas que Ángela a veces interpretaba como un aspecto “duro” de su ex-compañera.

Claudia entretanto había encendido un cigarrillo. Era sólo una fumadora ocasional, pero no sabía qué hacer y le supuso un alivio poder hacer esto. Conocía muy bien a Ángela y sabía que necesitaba tomarse su tiempo de asimilación aunque de cualquier manera el pesimismo había empezado a calar también en ella como para hacerle pensar que todo era inútil. “Me fumaré el

cigarro para no dejarla tan plantada ahora y me iré”, pensó sentándose de nuevo en el sofá.

- Lo siento, Claudia. No sé qué decir... Me ha pillado todo tan de sorpresa...

Ángela trataba a su vez de ser amable recurriendo al hecho de mostrarse sincera mientras se concedía un poco más de tiempo.

- Lo entiendo. Respondió Claudia depositando por un momento su mirada triste en los oscuros y penetrantes ojos de Ángela. Quien por el contrario comenzaba a reanimarse y a desear hacer lo imposible por no desperdiciar esta ocasión que como siempre –se dijo- comenzaba a írsele de las manos. Empezaba a ser demasiado tarde...

- Lo siento. Ángela de verdad, continuó Claudia. Todo se hace tan complicado. Creo que ha sido una tontería de mi parte venir. Un arrebato como otros muchos de los que suelo tener. De todas maneras, dijo mientras apagaba el cigarrillo y se incorporaba, me alegro de verte bien. Bueno, será mejor que me vaya... No te quito más tiempo.

Una vez de pie Claudia se volvió con cierta lentitud hacia Ángela que seguía sentada en el sofá presa de una especie de colapso, pálida. Con una mirada cargada de asombro y de impotencia. Por momentos parecía incluso que no respirara. Por la mente de Ángela pasaban en ese instante sólo imágenes de los días de la ruptura. Claudia se preocupó...

- Ángela ¿estás bien? ¿te pasa algo?... Contesta, por favor.

- ¿Qué?! ¡Ah! Perdona... Sí, sí. Estoy bien. Se puso de pie haciendo un verdadero esfuerzo por salir de su estado catatónico. Para Ángela era ya lo último que su psique no encontrara otro medio de retener a Claudia que manifestando su estado paralizante. No estaba dispuesta a pasar por esto. Tenía que controlarlo como fuera. Además Claudia ya sabía de sus reacciones corporales, entre otras cosas la había visto llorar muchas veces de forma incontenible.

- Bueno, si está todo bien, me voy. Volvió a repetir Claudia.

Ángela sabía que si era incapaz ahora de hacer algo por retenerla en su casa no la volvería a ver nunca más. Y la quería. ¡Dios, cómo la quería! Demasiado como para permitirse el lujo absurdo de volver a perderla. No podía ser dejarla ir así, se sentiría partida por la mitad, ella que amaba la vida a través de los ojos de su amada...

Claudia se había puesto ya su chaquetón y se dirigía hacia la puerta. “¿Qué hacer?”, pensaba Ángela. “¿Qué torpe soy, Dios mío!”. Hasta que en el último momento con un impulso que le venía de no sabe dónde, sujetó la mano de Claudia en el instante justo en que iba a abrir la puerta. Atrajo entonces la mano de Claudia suavemente hacia ella haciéndola girar sobre sí misma. Frente a frente, por unos segundos sus miradas se encontraron ahora de una forma distinta. Ángela pudo decirle sólo con sus ojos lo feliz que estaba de haberla visto. También le dijo que la amaba y que estaba dispuesta a intentar todo lo intentable y hasta lo imposible con ella. Claudia le sonrió feliz, emitiendo un pequeño suspiro de alivio. Se abrazaron tan estrechamente como para derretir y disolver cualquier sombra ajena al amor que se

sentían. Y finalmente sus bocas se recibieron mutuamente en un largo y profundo beso.

Aquella noche Ángela vio convertirse en palacio su pequeño apartamento. Hicieron el amor con tanta pasión y ternura como dos recién enamoradas. O renovadamente enamoradas. Desde el primer beso de la puerta hasta muy de madrugada en que finalmente se durmieron, ninguna de las dos quiso pronunciar palabra alguna. Como por un acuerdo tácito que les permitiera amarse y comprenderse sin obstáculos ni explicaciones de ningún tipo. Sin necesidad de recurrir a nada.

Apenas había dormido tres horas cuando Ángela se despertó. Eran las 9 de la mañana del martes. Todo lo más extraordinario de su vida le había ocurrido siempre en martes, pensó. Era la mujer más feliz del mundo viéndose al lado de su amada. Claudia estaba allí, en su cama. A través de la ventana del saloncito le llegaba un poco de luz al escueto dormitorio. Se estiró un poco en la cama pero procuró no moverse mucho para no despertar a Claudia. Luego se quedó quieta contemplándola en la penumbra de la habitación.

Se preguntaba si éste era el comienzo de algo totalmente distinto... Se sentía feliz, aunque presentía que era sólo el principio de algo que iba a requerirle un serio y profundo replanteamiento de su actitud ante la vida. Era claro que no podía volver a lo de antes, ni tampoco intentar definir la posible nueva relación a golpe de largas charlas programáticas. Pero sí tenía claro que estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de que no naufragara este nuevo intento; si bien sabía que este deseo por sí sólo no era suficiente. Tenía que poner intención y atención. Se recreaba incluso recordando como el fin de semana anterior le

comentaba a Elena el hecho de que había intentado fantasear con la posibilidad de enamorarse de otra mujer y lo había rechazado de pleno. Después de casi 9 años con Claudia no podía y no quería imaginarse con otra mujer distinta a ella. Y esto lo pensaba hacía pocos días, cuando no tenía ni la más remota esperanza de arreglo con Claudia. Por supuesto, tenía la edad suficiente, pensaba, como para no ir por la vida poniendo a nadie en un pedestal. Claudia tenía cosas que la hacían adorable, esa sensibilidad, esa delicadeza tan puntual... era brillante, interesante, una gran artista. Pero también tenía cosas que detestaba, esa frialdad de cálculo que ostentaba a veces; su carácter fuerte alimentado por un cierto complejo de superioridad, podía hacerla sentir a veces como una lombriz inmundada a su lado. De todas maneras, Ángela no era precisamente eso, una angelita. También tenía un carácter fuerte y obstinado. En realidad, el juego de fuerzas entre ellas dos había estado siempre bastante equilibrado...

Ángela se desperezó suavemente. No podía pensar más, necesitaba moverse. A menudo le ocurría que después de un largo rato de pensamiento tenía que pasar a la acción. Se escabulló lo más sigilosamente que pudo de la cama. Puso la estufa del saloncito porque el apartamento, estaba bastante frío. Luego el calentador y se dio una ducha.

Mientras, se esforzaba mentalmente por no caer en la tentación de hacer planes, involucrando a Claudia, para ese día. No quería volver a caer en sus afanes posesivos, en las dependencias de siempre. Es más, de pronto se acordó que tenía que ir a la oficina de empleo antes de las 11 a sellar su tarjeta de parada y le dio mucha rabia. No quería premeditar planes pero tampoco salir corriendo. Le apetecía prolongar al máximo su estar con Claudia. Comprendió, como tantas otras veces, que se estaba engañando a

sí misma y le dio más rabia aún. En definitiva, su no querer hacer planes con su querer alargar el tiempo de estancia al lado de Claudia paradójicamente se daban de la mano. Se puso la bata de baño y comenzó a prepararse el desayuno. Eran las 10, apenas le quedaba una hora. Menos mal que la oficina de empleo le quedaba cerca de casa.

Estuvo tentada de preparar también el desayuno para Claudia y llevárselo a la cama, pero reconoció que era una nueva trampa de su psique para llamar su atención y decidió dejarla dormir y marcharse, aun a riesgo de que cuando volviese ya no estuviera aquí.

Estaba por salir y dudaba en si dejarle una nota a Claudia o no. Definitivamente no. Pensó que la mejor nota era dejarle todo más o menos preparado para desayunar cuando se levantase, de forma que se sintiese a gusto. Y se fue.

La Oficina de Empleo estaba hasta la bandera. Le tocó una larga cola, lo que la fastidió bastante. “¡Justo hoy!”, se dijo. Se iba percatando de que posiblemente de ahora en adelante las cosas no iban a serle nada fáciles, o sí. Lo que tenía que frenar continuamente eran sus impulsos posesivos y no dejarse caer en la asfixiante dependencia que volvería a ahogar toda nueva posibilidad de libre encuentro entre Claudia y ella.

De vuelta a casa se compró el periódico y algunas cosas que le hacían falta. La cada vez mayor aceptación la hacía sentirse tranquila y a gusto. Al entrar se estremeció con un pequeño escalofrío y le pareció sentirse envuelta en un aire fresco de ternura. Claudia no estaba, había recogido y dejado todo en orden. Pero había una nota suya sobre la cama:

“Te invito a una cena especial esta noche en mi casa.  
Me gustaría continuar la larga charla de anoche...  
Estaré en casa a partir de las 9.  
Te quiero tanto...”

La caótica montaña de piezas desencajadas que últimamente había estado sintiendo dentro de ella, empezaba a colocarse dando la sensación de un perfecto puzle, o al menos eso le parecía en este momento.

Le estaba agradecida a Claudia no sólo por haber sido ella la primera en tomar la iniciativa, sino también porque silenciosamente le había hecho ver claro su actitud tan mezquina, su estúpido papel de víctima, su incapacidad manifiesta para tomar decisiones con coraje... y esto no sólo en el amor sino en casi todos los aspectos de su vida, como si en el fondo siempre buscara un justificante para que nunca le echaran la culpa de nada. “¡Bueno, para!”, se dijo, pensando en que se estaba excediendo con su autocrítica, por activa o por pasiva también había ella de alguna manera había propiciado este cambio entre las dos, se decía.

Por unos instantes su infancia volvió a su mente. En su casa siempre tenía que haber algún culpable de algo. Por eso, ella se pasaba la vida ocultando sus actos. Fingiéndose una persona modélica, callada y tranquila, a menudo víctima de las circunstancias, para que nadie le pudiera endosar la insufrible culpa. “¡Qué ciega y obstinada he podido ser con Claudia!” pensaba. Ahora se daba cuenta y aprobaba todo lo vivido en estos meses. Le estaba haciendo falta para empezar a descubrirse mejor, a ser ella misma, a madurar de una vez...

Ahora su mirada recorría este espacio con gratitud y con una esperanza distinta. Hasta fantaseaba a ratos con convertirse en una mujer fascinante para Claudia. Y se reía... porque claro que se sabía una mujer fascinante. Lo que le hacía falta era “pescarse” en sus ramalazos de víctima, para no dejarse trapear en su autoestima. “¡Jo, tanto trabajar con mujeres la autoestima!”... pensaba. En fin, lo que deseaba sobre todo era vivir el presente dándose el permiso de una relación de igual a igual con Claudia. Una relación libre y confiada.

Siguió colocando las dos o tres cosas que había comprado enfrascada en sus pensamientos, luego cogió su diario y se sentó en el sofá. Le apetecía escribir.

De repente, recordó una de las conversaciones tenida con Elena el último fin de semana. Habían estado hablando del amor. Angela le decía que “el amor es un estado circunstancial que puede durar poco o mucho y que te llega inesperada y gratuitamente”, emparentándolo bastante con cierto estado de felicidad. Sin embargo, Elena le argumentaba que lo que era verdaderamente circunstancial y para nada gratuito era la compulsión de la necesidad, a diferencia del amor. “El amor es algo que se construye libremente, con decisión y voluntad de amar, día a día, paso a paso, y es de donde nacen la satisfacción y el placer de amar. Lo que realmente marca la diferencia entre el amor y la simple atracción sexual pasajera es el deseo libremente asumido de la entrega generosa.” Porque Elena recalca que “no se puede cosechar un futuro de abundante felicidad en las relaciones amorosas si sólo se siembran y cultivan agravios”. Elena además comparaba la voluntad de amar al compromiso consigo mismo/ a de las/ os atletas para mantenerse en forma. Los primeros tiempos de ejercicios pueden ser duros y

desmoralizantes, decía, pero después se convierten en la puerta que te abre a la satisfacción de lo que tú quieres alcanzar y construir en tu vida. Satisfacción que es todavía mayor porque la has conseguido a través de la voluntad, generosa entrega y gratuidad del compromiso. Las palabras de su amiga Elena le sonaban ahora dentro con una convicción aplastante...

Definitivamente la vida es el deseo que mueve a la voluntad comprometida de tu corazón para permitirte vivirla en pos de lo que amas. Lo natural entonces es invertir tu energía en conseguir lo que el corazón anhela. Mientras que en nuestra vida cotidiana todo gira en torno a la ley del mínimo esfuerzo para conseguir “consumir” ansiosamente cada vez más de lo que quiera que sea y así llegar incluso al amor pretendiendo que encaje en nuestra vida como un par de zapatos y que cuando se estropeen, te los quites, los tires y te compres otros, como si nada. De forma que estamos bien surtidos/ as pero insatisfechas/os porque los deseos del corazón no tienen futuro, se acallan con un par de zapatos nuevos, pensaba...

Había tomado nota de todos estos pensamientos en su diario, subrayando algunos, sobre los que quería profundizar más. Pensó que esta tarde, después de una pequeña siesta, que le estaba haciendo falta y antes de ir a casa de su amada, le escribiría una carta a Elena.

## ¡QUE ALGUIEN NOS PRESENTE!

Mar se sentía inquieta, sabía que algo no iba... De alguna manera la intuición le estaba diciendo que quizás no fuera posible. Pero ella se empeñaba en aferrarse a la interpretación que su corazón ilusionado había preferido hacer del oráculo aparecido en las Cartas de los Ángeles.

La noche anterior, pensando en la cita del día siguiente, como quien no quiere la cosa, y medio diciéndose a sí misma que no era tan importante lo que al fin de cuentas sucediera, se fue derecha a echarse una tirada de las Cartas de los Ángeles, consultando lo de la cita. El mensaje decía, entre otras cosas: “¿escuchas cómo late tu corazón?...” y le aconsejaba actuar con “confianza y energía positiva”. Y tal vez ella quiso ver en el oráculo algo así como que tuviera confianza en que todo iba a ir bien, en el sentido de lo que ella quizás de fondo deseaba. Tal vez no quiso entender en ese momento que lo de “¿escucha cómo late tu corazón?”, pudiera ser un aviso más bien de que había otras cosas en juego de las que no era del todo consciente. Que realmente tenía algo de importancia para ella aquella cita y que además, desde la semana anterior en que habían quedado en llamarse por teléfono, se había pasado toda esta semana preparándose interiormente para el encuentro. Eran señales evidentes para Mar. Claro que sí, pero se sentía tranquila, sin mayores obsesiones, aunque ilusionada... Eso le decía su “termómetro” personal. Nada que ver con lo que podía haber sido años atrás, pensaba. Quizás su edad madura la llevaba a restarle importancia al tema, pero de alguna manera la tenía de fondo...

El día anterior necesitaba sentirse, estar sola... Por la noche, después de consultar el oráculo angélico, tardó en dormirse. No pensaba directamente en la cita pero estaba inquieta. Incluso optó por tomarse algún tranquilizante. Aun así no durmió muy bien que digamos y para colmo a las 7 de la mañana la despertó el llanto del bebé que tiene la pareja del piso de abajo de su casa. Mar se tapaba como podía los oídos para seguir durmiendo, pero sin mucho éxito. A las 8 decidió salir ya de la cama, además pensó que así le daría tiempo de tomarse con calma todo el ritual matutino: desayuno, baño, ordenar todo, etc.

Se sentía animada a pesar de lo accidentado de la noche. Rumiaba queriendo y sin querer la idea del encuentro. Era algo que le llegaba después de tanto tiempo de un sordo deseo que nunca había querido prestarle mucha atención porque no lo sentía como para ella. Ahora, de la manera más natural y en una época de vivirse en solitario, en la que ella se sentía más centrada en sí misma, le llegaba este momento. “Bien”, se dijo, “así me gustan las cosas”.

La cita de Mar esa mañana de domingo era con Brenda, una mujer que a Mar le resultaba muy atractiva física y moralmente. La sentía como de una sola pieza, auténtica y a la vez cariñosa. La conoció algunos años atrás y desde siempre su imagen se le quedó impresa en alguno de esos pliegues de la memoria donde se guarda lo imborrable pero también lo que se siente como imposible. Brenda era una mujer joven pero de una gran madurez y Mar casi le doblaba la edad, pero se había decidido a que la edad no fuera un estúpido condicionante. Deseaba una relación más cercana a Brenda pero era tremendamente respetuosa de las posibles diferencias entre ambas y se decía a sí misma que solo buscaba su amistad, eso pensaba ella, o tal vez era una trampa de

su subconsciente. Se había acostumbrado por ética y estética a que, como decía ella, “porque pases por delante de un escaparate donde hay expuesto algo que te encanta, no vas a entrar necesariamente a comprártelo y menos aún a romper el escaparate para llevártelo”. Ahora, después del tiempo que hace que conoce a Brenda, de coincidir ocasionalmente con ella en historias feministas, de verse por la calle, etc... Finalmente la semana anterior se atrevió a llamarla para pedirle verse de vez en cuando, esgrimiendo argumentos que a Brenda pudieran parecerle de interés como los que Mar sabía que eran puntos comunes entre las dos, por ejemplo, las inquietudes personales en el tema mujer, las historias laborales bastante parecidas, etc.

Mientras trajinaba con el desayuno en la cocina, Mar daba un repaso sin proponérselo a cómo había ido evolucionando su manera de encarar la vida; se daba cuenta que con los años, poco a poco, su “leona” interior (Mar era Leo de signo zodiacal), se había vuelto como una vieja leona domada de circo que no asustaba a nadie y que a menudo puede que tampoco despertara mucho respeto... Una leona bastante invisible, en el sentido de marcar territorio y competir.

En su soliloquio interno cobraba relieve el recuerdo de un dato curioso: un par de veces que le habían echado el tarot, le habían dicho coincidentemente que tenía un viejo problema de autoestima pendiente, algo que tenía que perdonarse... Cuando le decían eso le costaba un poco creérselo de entrada y luego entenderlo. Para ella que era psicóloga y trabajaba con grupos de mujeres en talleres de crecimiento personal, no tenía mucho sentido aquello, sin embargo, su trabajo y su honestidad con ella misma, con el tiempo le fueron desvelando el misterio de esa asignatura pendiente. Posiblemente tenía que ver con esa frase

del actor Jacques Lecoq que tanto solía repetir: “una no enseña lo que sabe sino lo que quiere aprender”... Mar sabía que si estaba dando talleres de crecimiento personal la primera que aprendía era ella y quien primero tenía que sanar también ella; por eso había optado por la formación y no por pasar consulta. Reconocía también que en el pasado se había ido construyendo una máscara aceptable hacia el exterior, según las expectativas de la gente, tal vez para que la aceptaran, o para que nadie se incomodara con su presencia, o para hacer respetar su valía... ¡Quién sabe! Quizás se viese de fondo todavía un poco descentrada, como con una cierta tendencia dependiente del exterior, emocionalmente hablando.

Recordaba también aquella vez hace mucho tiempo, que su homeópata, después de años de tratamiento le dijo que tenía que aprender a echar por la boca todo lo que callaba o se obligaba a tragar, si quería de una vez por todas ponerle remedio a su “insuficiencia hepática” crónica. Y cómo, a raíz de ese episodio, su actitud entonces pasó a ser la de no dejar títere con cabeza por “prescripción facultativa”. En fin, las sutilezas del alma... Porque Mar, aunque muy temperamental, para evitar conflictos del tipo que fuera se había acostumbrado a hacerse a un lado, a quedar en un segundo plano, a primar las necesidades ajenas sobre las suyas, o a tratar de no ponerse en evidencia (que también es un reto conflictivo), o a veces a preferir decir aquello que las demás personas esperan oír...

Ensimismada en sus pensamientos estaba, cuando el sonoro timbre del teléfono la sacó de repente de su estado, disparándosele el ritmo cardíaco. Será Brenda, pensó, porque habían quedado en llamarse por la mañana para concretar dónde y a qué hora se encontrarían. Contestó disparada al teléfono pero no era Brenda, era Clara, su mejor amiga. La llamaba para decirle

si quería venirse a la playa, iba a ir con Yago, su hijo adolescente, y otra amiga común. Le dijo que no. Pero prefería ocultarle lo de su cita. Sobre todo por no ponerse a dar explicaciones y también porque cuando hablas de un tema no puedes evitar que de alguna manera lo cargues de importancia. Eso para Mar significa, no sólo depositar un exceso de energía en el tema que te restas a ti misma, según los grados de obsesión, sino también, pensaba ella, que al hablar en exceso de nuestros objetivos contribuimos además a dispersar la energía. Y a mayor energía invertida en algo fuera de ti mayores expectativas de importancia, que si además lo hablas con alguien, más se agranda. De todas formas, Clara, desconocedora de sus planes, insistió en que se animara a ir a la playa aunque fuera más tarde, que se llevaría el móvil para que la pudiera localizar.

Terminada la charla con Clara y con cierta desazón de que no hubiera sido Brenda, volvió a lo suyo, consultando el reloj cada tanto. A las 10 en punto ya no quiso esperar más y levantó el auricular del teléfono para llamar a Brenda, a esa hora suponía que ya estaría despierta.

- Brenda... Hola, buenos días, espero no haberte despertado...

- Ahhh! Hola Mar. No, ¡qué va! Ya llevo rato en movimiento.

- Nada, te llamaba como habíamos quedado, para concretar... ¿A qué hora te viene bien que nos veamos?...

- ¡Ayyy!... Es verdad que habíamos hecho cita para hoy... Perdona, me había despistado totalmente. La verdad es que me viene fatal hoy porque me he metido en un “fregao” que tengo para rato. Estoy arreglando unas puertas que había que lijar y

pintar, además no cierran bien y un vecino me está echando una mano con las bisagras... No sé...

- Bueno –replico Mar- no hay problema, si quieres lo dejamos para por la tarde... Yo también estoy con obras en casa y necesito poner un poco de orden.... ¿Cómo lo ves?

- Mira, creo que mejor lo dejamos para otro día, porque estoy metida de lleno en el tema y no me quiero agobiar. ¿Qué te parece cambiarlo para el próximo fin de semana?... Déjame otra vez tu número de teléfono que esta vez te llamo yo.

- Vale, vale... De acuerdo, Brenda. Mar le dio su número de teléfono.

- Te llamo yo, vale.

- De acuerdo, que te cunda el trabajo, pues...

- A ti también. Un besito.

- Ciao. Un abrazo.

Cuando Mar colgó se sintió momentáneamente desmoronada y decepcionada, pero reconocedora finalmente de que su intuición se lo había hecho sentir claramente desde el principio, aunque no quiso reconocerlo. Y lo que más la desazonaba era lo que ella interpretaba como una falta de consideración por parte de Brenda: no se había molestado en llamarla para notificarle su cambio de planes, es más se le había pasado totalmente lo de la cita, o sea que si ella no la llama, todavía estaría esperando... Intentó no dejarse agarrar por lo que sentía desconsiderado, aunque no le faltaban ganas de resarcirse. Ahora sí finalmente se daba cuenta de la importancia que tenía para ella la película que se había montado de este encuentro...

Mar no era de las que se rendían fácilmente en las adversidades. ¡Ufff!... otra semana más suspiró pesadamente pensando en la nueva espera. Su mayor defecto era la impaciencia.

De cualquier manera, no estaba dispuesta a desanimarse. En el fondo era una optimista nata y quería sacarle siempre provecho positivo a todo. Así que, como de todas maneras, pensaba proponerle a Brenda un paseo por la playa, decidió que se lo daría igualmente ella sola y disfrutar del hermoso día de sol. Tenía todavía la alternativa de llamar a Clara y compañía y acudir a donde estuvieran. Pero no, se escuchaba y sentía la necesidad ahora de estar a su aire y en silencio.

Así que cogió lo necesario y algún libro amable, por si acaso, y enfiló hacia la playa más cercana a su casa. En realidad es un lugar con una hilera de pequeñas playas unidas por un largo y hermoso paseo serpenteante, que a veces se pierde entre rocas, otras circunda zonas más o menos acantiladas y otras bordea cálidas playas de arena volcánica.

Aparcó el coche cerca de la zona y cuando se dirigía al paseo miró hacia la playa y pudo ver que allí estaban Clara, con la otra amiga y su hijo. Se acercó a saludarles y Clara insistió nuevamente en que se quedara, Mar declinó la invitación: “No, me apetece estar a solas. Tal vez te dé un toque telefónico por la tarde”, le dijo y despidiéndose comenzó su solitario paseo.

Caminaba a gusto, disfrutando del espléndido día y la suave brisa, pero de fondo se sentía un poco triste. Así que no tardó nada en empezar a mirar dentro de ella... Se le agolpaban muchas sensaciones en el corazón e ideas en la cabeza... La verdad es que no sabía por dónde empezar a enfocar sus sensaciones. Se daba

cuenta de que aunque su realidad actual de mujer de 58 años, le aportaba madurez y bastante equilibrio en lo cotidiano, en su interior existían ciertas lagunas de aguas no muy transparentes, que le hacían presentir a menudo que tras el aparente remanso de la superficie se escondía algo que pudiera ser un dato clave de su historia. Presentía que pudieran ser como reductos emocionales antiguos que posiblemente, se dijo, “me estén llevando de continuo a actitudes erróneas en mi manera de conducirme en mis relaciones personales”.

“Parece que las mujeres que a mí me gustan, de la manera que sea, son inalcanzables o me las busco así” pensó. Consciente de que lo que una piensa eso es. La desazón iba en aumento porque le daba la impresión de que algo se le escapaba de las manos. Le venía a la mente la canción de Silvio Rguez., “me he dado cuenta de que me miento, siempre he mentido...” ¿De qué tengo que darme cuenta en mis relaciones? se preguntaba mirando a la inmensidad de ese mar que se le antojaba tan inmenso y misterioso como su nombre, esperando que tal vez alguna ninfa o sirena de las profundidades saliera para brindarle alguna respuesta...

Mar sabía que la respuesta estaba dentro de ella, pero que las cosas solo salen en el momento oportuno. Como dice el refrán oriental: “Cuando el alumno está preparado aparece el Maestro”. Había algo que ella deseaba fervientemente desde hacía tiempo, además de ser una tónica dominante de toda su vida: compartir el amor con otra mujer... de la manera que quiera que fuese; incluso ella había ido bajando el listón de sus exigencias y condiciones, de lo que consideraba formalmente básico en una relación de pareja... Es más, había ido comprendiendo con los avatares de la vida que el verdadero amor es un regalo. Es libre e incondicional.

Pues bien, estaba deseosa de ese amor en la versión que fuese. Sin embargo, tenía bien claro que todo nacimiento nuevo requiere un periodo de gestación y de preparación, y eso se traduce en tiempo y paciencia. Preparación del terreno primero, donde se planta la semilla después... y así todo el proceso.

A Mar no le iba para nada la historia esa de “aquí te pillo y aquí te mato”. Es más, siempre se acercaba con el objetivo primordial de entablar antes que nada una amistad. Si esto no era posible, por descontado no era posible nada más. Lo mismo cuando se acercaban a ella, su actitud dejaba bien claro desde el principio que no era mujer de “canitas al aire”.

Había perdido mucho tiempo en su juventud pasando compulsivamente de una relación a otra casi sin solución de continuidad, por miedo a la soledad y a vivirse desde la carencia, lo que aprendió en su infancia. Tardó muchos años en darse cuenta que más que miedo a estar sola, era miedo al encuentro con ella misma lo que la llevaba a actuar de esa manera. Pero ahora llevaba demasiado tiempo sola y era mucho más consciente de su realidad interior. ¿Qué es lo que fallaba entonces? ¿Cuál era esa clave secreta de ella misma que todavía no alcanzaba a descubrir?... Quizás su actitud de fondo se siguiera nutriendo de esa negatividad, en definitiva, de no sentirse merecedora de... De no perdonarse algo...

De pronto le vino a la mente aquella tarde hacía más o menos 13 años, en que en medio de un fuerte estado depresivo, agarrada a su cristal de cuarzo, se puso a hacer repaso de una ruptura amorosa muy dura que, aunque había sucedido un par de años antes, todavía continuaba viviendo dolorosas secuelas de mucha culpabilidad. Se pasó toda esa tarde, la noche de ese día y el día

siguiente llorando y escribiendo, agarrada a su cristal de cuarzo pidiéndole que la ayudara a clarificarse en medio de esa especie de vomitona exorcista. “Las mujeres de mi vida no me quieren”, así comenzaba aquel largo escrito catártico fruto de aquella etapa.

Recordando este hecho sintió que se abría intuitivamente una puerta clave para su reflexión actual. Pero necesitaba volver a leer aquel escrito, “¿dónde estará?”, se preguntó. Tuvo ganas de volver enseguida a casa pero no, ahora estaba disfrutando de aquel paseo y decidió cerrar su reflexión interior para estar exclusivamente en ese momento presente con los 5 sentidos. Pensaba que si se dejaba agarrar nuevamente por lo compulsivo del pasado seguiría instalada y gobernada por él...

Ya de vuelta a casa, sí decidió buscar aquel viejo escrito. Ahora recordaba el origen del mismo. Fue en una sesión de Bioenergética con su profesora, ésta había sugerido al grupo, a tenor de lo que estaban trabajando, que escribieran sobre las mujeres de la propia vida.

En aquella época aquel hecho se cruzaba con otras circunstancias. La suma de todo la hacía entonces sentirse bastante perdida. Recuerda que cuando agarró su cristal de cuarzo entre las manos estaba cansada por lo que decidió irse a la cama y se dio la orden de que se dormiría un rato y que tendría un sueño revelador, o que al menos se despertaría sintiéndose más clarificada.

De hecho así fue. Mientras aquella lejana tarde después de levantarse se preparaba un té sentía que le subía una sensación muy honda de dolor que le anudaba la garganta. Recordaba vivamente las imágenes de la ruptura con su anterior pareja y se

veía a sí misma empecinada de continuo en la lucha por arreglar en ella algo que le quedaba siempre tan lejos...

“Las mujeres de mi vida no me quieren...” esa idea fue la gota que desbordó el vaso de su corazón colmado de sufrimientos. Y la lista de esas mujeres la encabezaba su madre. La madre, siempre la madre, la sempiterna madre... la madre que terminó también posteriormente marchándose físicamente de su vida poco tiempo después de este escrito. La madre que adoraba, la madre de la que presumía, la madre que al final con mutua aceptación la tuvo cercana, aunque obviando manifestarle con pelos y señales los viejos sufrimientos del pasado. Ella fue la primera mujer de su vida. Aquella mujer tan bella y radiante, con la que dolorosamente aprendió a amar en la distancia y con la que aprendió a echar continuamente de menos el amor en ella. Las madres siempre son la clave para las mujeres. Y para los hombres puede que también... pensó.

“Mamá, ¿por qué nunca me llegó una caricia tuya, un abrazo, una pequeña aprobación... cuando más lo necesitaba? Contigo aprendí a sentirme culpable, indigna, negada. Te amaba y te odiaba. Con todo ese dolor dentro salí huyendo de tu lado en cuanto pude. Era mucho lastre. Sé que conseguía disimular bastante bien las carencias afectivas de mi vida: el sentirme una mendiga del amor... No expresaba nunca mis sentimientos espontáneamente. Aprendí a ir de dura y autosuficiente por la vida. Tenía tanto miedo al rechazo. Tenía miedo de no ser amada. Y también tenía miedo de ser amada. Aunque lo deseaba fervientemente. Y supongo que empecé a cultivar toda una serie de “virtudes” que me compensaran a otro nivel: ser amable, detallista, generosa...” Mar releía con cierta avidez su viejo

escrito y por supuesto con una sensación de susto en la boca del estómago.

Suspiró profundamente cuando terminó de leer. Podía ver más claro ahora, esa actitud negativa de fondo, ese miedo a perder, a no estar a la altura de... a no ser merecedora, a estar a la espera de algunas “migajas” de atención, de amistad, de amor... A estar desfasada, fuera de juego. Podía ver esa actitud de carencia cómo se manifestaba en la práctica. Había como dos polos entre los que muchas veces inconscientemente oscilaba. El de la superioridad: su ego interiormente le hacía hincapié en la búsqueda de reconocimiento, “ya verás cuando se dé cuenta de lo mal que se ha portado contigo...” por ejemplo, o el de la inferioridad, “qué vergüenza si se da cuenta de que me interesa, tengo que hacer como si no...” O a lo mejor, por ejemplo, el sentirse ninguneada: “¡ni se acuerda que hemos quedado!”...

Sí, por supuesto, vaya repaso se estaba haciendo. Estaba cayendo en la cuenta de mecanismos habituales casi inconscientes que quizás siguiesen recreando en espejo fuera lo que había todavía dentro ella y gobernándola de alguna manera. ¿Y ahora?... Bien –se dijo- pues todo esto soy yo y más, mucho más y... me amo y me gusto. No voy a luchar por nada, ni contra nada, ni nadie. Es más, no lucho. Se corrigió.

“Este día está dando para mucho”, pensaba casi al final del mismo, mientras seguía agarrada a su diario, después del largo rato de estar varada en sus reflexiones.

De pronto, un enfoque nuevo la asaltó poderosamente. Cayó en un estado de silenciosa quietud contemplativa, donde se sentía plenamente presente en el aquí y ahora. Era como si de repente

cayera en la cuenta no de la persona que aparece en la foto sino del fondo de la foto que permite que a esa persona se la vea. Se sintió por primera vez completa, entera, curada, con sentido. En ese momento lo sintió y supo que era real: el fondo y la manifestación, el silencio y la palabra, el yin y el yang... “se dice fácil”, pensaba, “lo difícil es permitírsele vivir íntegramente porque nuestra mente está acostumbrada a separar y a controlar todo. ¡No importa! Forma parte del juego. Es lo que hay”, se dijo. “La vida es el juego por la vida”, parafraseando a Darwin.

Sonrió al recordar una conversación tenida con una amiga, en una época en la que todavía estaban conociéndose y hablaban coincidiendo en lo tímidas que se sentían ambas en el inicio de las relaciones... Y esta amiga irónicamente y desdramatizando le dijo, mientras miraba a su alrededor: “Por favor, ¡QUE ALGUIEN NOS PRESENTE!...” y terminaron riendo a carcajadas. Creo que, sobre todo, necesitamos a ese “alguien” que nos auto presente, pensó, porque se nos va la vida sin saber quiénes somos en realidad, con todas nuestras trampas mentales e inconsciencias...

